

Selección

TERROR

EL CASTILLO DE LOS JOROBADOS

ADA CORETTI

La abertura daba entrada a un pequeño sótano, hacia donde, en aquel momento, se filtraban los dos últimos rayos de sol. De un sol que se perdía en medio de un ocaso rojo, violento, ensangrentado.

Y dentro de aquel sótano, ¡horror!, se veían muchos esqueletos… Todos ellos con la espina dorsal torcida, curvada, delatando la deformidad de una joroba.

Un sudor frío, helado, gélido, perló la frente de lord Morggine, que había hincado una rodilla junto a aquella cavidad para mejor percatarse de lo que había en ella.

En aquel instante, del interior del sótano, surgió una voz. Una voz cavernosa que no parecía humana. No, no debía serlo. Sin duda pertenecía a alguno de aquellos muertos.

—Has interrumpido nuestro reposo… La maldición caiga sobre ti, lord Morggine. Todos tus hijos serán jorobados, como lo fuimos nosotros… Si alguno te nace normal, morirá de manera violenta… Sí, morirá de manera violenta —repitió la voz—. Todos aquellos hijos que tengas normales… Sólo te vivirán los que nazcan jorobados…



Ada Coretti

El castillo de los jorobados

Bolsilibros: Selección Terror - 81

ePub r1.0

Titivillus 26.03.15

Título original: *El castillo de los jorobados*
Ada Coretti, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Día 7 de noviembre de 1865.

Lord Morggine había salido de caza acompañado de Richard, su mayordomo, un sirviente que siempre había dado muestras de lealtad.

Lord Morggine era joven y apuesto, e impresionaba favorablemente con su sola presencia. Pero era fatuo, engreído, y tenía muy poca solidez de carácter. Solía acobardarse ante la menor contingencia.

Pero en esta ocasión, era su mayordomo, Richard, el que de los dos se mostraba nervioso y excitado.

Porque habían perdido el sentido de la orientación y este hecho se veía agravado por la circunstancia de que la noche no tardaría en echárseles encima.

—Señor, nos hemos perdido. Esto no me gusta nada.

—No estarás asustado, ¿verdad? —Sonrió lord Morggine.

—Un poco, señor —reconoció Richard—. Desde que he visto la tétrica silueta del castillo…

—¿Qué castillo? —preguntó, alzando la mirada.

—Ése… —extendió el brazo, señalándolo allá, a lo lejos, sobre una pequeña colina.

—No le veo nada de tétrico —comentó lord Morggine—. Sólo son los restos de un castillo…

—Por lo visto, señor, usted no sabe la leyenda que tiene… ¡Oh, señor! —Se santiguó—. ¡Dios nos libre de llegar hasta allí!

—¿De qué leyenda me estás hablando? —Quiso saber, porque uno de sus pequeños defectos era la curiosidad—. Yo nunca he oído decir nada.

Esto no era de extrañar. Era aquélla la primera vez que recorría aquellos lugares. Hasta entonces, él siempre había salido de caza

hacia el norte, donde la vegetación del bosque se mostraba mucho más frondosa y lujuriante.

—Usted, señor —dijo Richard—, ni siquiera sabía que existiera este castillo. Pero yo sí… Ignoraba su lugar exacto, pero he oído hablar de él tantas veces…

—Pero, bueno —se impacientó lord Morggine— dime de una vez qué pasa con esa leyenda.

—Si el señor no ha de asustarse, por mí… —pero titubeó.

—¡Qué cosas tienes! —Se echó a reír—. ¿Asustarme yo por esta tontería? ¿Por quién me has tomado?

—Perdóneme el señor… —y tras respirar hondo—: Pues verá, se dice que todos los moradores del castillo fueron siempre jorobados.

—¡Por Dios! —exclamó lord Morggine, pero sin tomarse en serio aquellas explicaciones.

—Sí, todos —aseveró—, desde el primero al último. Y se dice que si alguna vez son hallados sus esqueletos, la maldición caerá sobre quien ponga la mirada sobre sus huesos… ¡Y la maldición es horrible, estremecedora!

—Dilo todo de una vez, hombre —y añadió—: Yo no creo en esas tonterías.

—Se dice, señor, que de ser violado su lugar de reposo, el que sea que cometa tal acto, no tendrá hijos…, pero si los tiene serán jorobados. ¡Jorobados del primero al último, como los moradores del castillo al que estamos haciendo referencia!

—Nunca había oído una leyenda tan absurda, Richard.

—Pues a mí se me pone la carne de gallina. No, no me gusta bromear con esas cosas. Estoy soltero, pero quizá algún día me case y…

—Yo estoy ya casado —dijo lord Morggine— y me encuentro esperando la llegada de mi primogénito… Pero ni aun así has conseguido impresionarme, créeme… Y para demostrártelo, Richard, vamos a visitar el castillo —y riéndose—. Intentaré dar con los esqueletos de esos jorobados…

—¡No cometa esa temeridad, señor! —El temor aleteaba en su voz—. ¡No desafíe las furias del averno!

—No voy a cometer ninguna temeridad, ni voy a desafiar a nadie. Simplemente voy a visitar las ruinas de un castillo —y sin más—. ¡Y tú vas a acompañarme, Richard! ¡Es una orden!

—Sí, sí, señor —acató dócilmente, pero temblando de pies a cabeza—. Lo que usted mande, señor.

Tardaron unos quince minutos en llegar a lo alto de la colina, a ese castillo que, una vez observado de cerca, no se hallaba tan derruido como la distancia hacía presumir.

En varios lugares las paredes y las bóvedas seguían existiendo, altas, impertérritas, desafiando el paso del tiempo en un alarde de majestuoso equilibrio. No obstante, la humedad y el moho reinaban por doquier, así que estaba claro que, antes o después, todo aquello se desplomaría.

Abundaban las telarañas y había que apartarlas para poder seguir adelante. De lo contrario el camino quedaba interceptado.

—Sígueme, Richard… —lord Morggine se giró hacia su sirviente, que se rezagaba—. Anda, hombre…

—Estamos arriesgándonos inútilmente, señor —Richard se mostraba sumamente medroso—. Si aquí no vamos a ganar nada, la prudencia aconseja irse antes de que sea tarde.

—No seas tonto, Richard —dijo—. Te tenía por más valiente.

Llegaron junto a una puerta, cuyos goznes chirriaron escandalosamente al ser empujada. Penetraron en una estancia que carecía de la mitad del techo y de casi dos de sus paredes. Tal lugar se hallaba vacío, a excepción de unas columnas situadas en el centro, que en su día debieron ser una magnífica ornamentación.

—Señor, yo de usted no seguiría adelante —musitó el sirviente —. Se lo ruego, déjelo estar…

Sucedió en aquel preciso momento. Richard se apoyó en una de esas columnas y ésta se movió, giró sobre sí misma, quedando, ante la mirada perpleja de ambos, una abertura por la que sobradamente podía pasar un ser humano.

—¡Señor! —exclamó.

—Sí, ya veo… —y toda la aparente valentía de lord Morggine se desfondó ante aquel hecho inesperado. Se puso pálido como un muerto.

Pero, aun así, la curiosidad le hizo acercarse al agujero y mirar hacia abajo.

—¡No! ¡No es posible!

Richard se había acercado también.

—Noooo… —musitó, tambaleándose todo él.

La abertura daba entrada a un pequeño sótano, hacia donde, en aquel momento, se filtraban los dos últimos rayos de sol. De un sol que se perdía en medio de un ocaso rojo, violento, ensangrentado.

Y dentro de aquel sótano, ¡horror!, se veían muchos esqueletos… Todos ellos con la espina dorsal torcida, curvada, delatando la deformidad de una joroba.

Un sudor frío, helado, gélido, perló la frente de lord Morggine, que había hincado una rodilla junto a aquella cavidad para mejor percatarse de lo que había en ella.

En aquel instante, del interior del sótano, surgió una voz. Una voz cavernosa que no parecía humana. No, no debía serlo. Sin duda pertenecía a alguno de aquellos muertos.

—Has interrumpido nuestro reposo… La maldición caiga sobre ti, lord Morggine. Todos tus hijos serán jorobados, como lo fuimos nosotros… Si alguno te nace normal, morirá de manera violenta… Sí, morirá de manera violenta —repitió la voz—. Todos aquellos hijos que tengas normales… Sólo te vivirán los que nazcan jorobados…

La voz no dijo nada más.

No fue preciso.

Lord Morggine cayó desplomado sobre las frías y húmedas piedras, junto a la columna movediza.

Pero se recuperó pronto, ante la afanosa solicitud de su sirviente, aunque él a su vez era puros nervios.

—Señor, señor, vuelva en sí…

—¿Has oído esa voz, Richard? —inquirió quejosamente lord Morggine, apenas entreabrió los párpados—. ¿La has oído tú también…?

—Sí, la he oído, señor. ¡Ha sido horrible! Parecía la voz de un muerto. La voz del dueño de uno de esos esqueletos.

—Sí, sí… —musitó—. La misma impresión me ha causado a mí.

—Ha sido un error llegar hasta aquí, señor.

—Sí, Richard. Debí hacerte caso —consiguió ponerse en pie, aunque a duras penas—. Anda, vámonos de aquí. Antes de que vuelvan a sonar esa espantosa voz. Pero antes cierra la abertura. Mueve la columna, que todo quede como estaba.

—Sí, señor —y le obedeció.

—Y ahora vámonos, Richard. ¡No, no quiero volver a oír esa

endiablada voz!

—Sí, vámonos cuanto antes, señor.

Huyeron de las ruinas del castillo como almas perseguidas por el demonio.

* * *

Día 25 de enero de 1866.

La joven, distinguida y bella *lady* Morggine dio a luz a un varón.

Un pequeño y tibio cuerpecito, que dejó oír su persistente llanto así que llegó a este mundo.

Su padre quedó denudado al verle… ¡El pobrecito era jorobado!

—Su esposa, cuando estaba embarazada de tres meses, sufrió aquella caída de caballo. Sin duda debido a eso… Sí, debemos suponerlo así —razonó el doctor de la familia.

Al niño se le impuso el nombre de Frank.

* * *

Día 8 de abril de 1869.

Lady Morggine dio a luz una niña.

¡Sana! ¡Normal! ¡Una preciosidad de criatura!

Pero unos meses después, cuando daba sus primeros pasos, la niña se escapó de la vigilancia de su nodriza y cayó rodando por la ancha y majestuosa escalera de mármol de la mansión.

Murió en el acto.

* * *

Día 2 de setiembre de 1871.

Lady Morggine dio a luz un nuevo varón.

Su padre, espantado, horrorizado, se dio cuenta de que la espalda del pequeño era curvada. ¡También ese hijo le salía

jorobado!

—Su esposa debió sufrir algún golpe, o algo así —opinó el doctor—, de otro modo no se comprende… Usted y ella están sanos, son completamente normales, y en la familia no existen precedentes…

Al niño se le impuso el nombre de Edward.

* * *

Día 29 de mayo de 1873.

Nació una nueva niña.

Una maravilla de criatura, sin un solo defecto…

¡Pero de la forma más incomprensible se ahogó en el lago! En ese lago que se divisaba desde los ventanales de la regia mansión. Cuando unos y otros se dieron cuenta, ya era tarde para evitar el trágico accidente.

* * *

Día 11 de enero de 1876.

Nació otra niña.

Normal. Completamente normal.

Pero un nuevo y estúpido accidente acabó con su vida a los pocos meses.

* * *

Día 9 de agosto de 1877.

Nació otra niña.

Ésta mostrando en su espalda la deformidad de una joroba.

Se le impuso el nombre de Nadja.

CAPÍTULO II

Diecisiete años después…

Con la niebla que se abatía espesa y pegajosa sobre la mansión de los Morggine, parecía hacerse más tangible la tragedia de la familia. Esa tragedia que iban arrastrando dolorosamente a través de los años, al igual que si se tratara de unas cadenas malditas de las que no pudieran liberar sus cuerpos.

Lord Morggine no era ni sombra del que fue. Terriblemente envejecido, lleno de arrugas, casi sin vista en los ojos, sin apenas aliento en el pecho, con un temblor convulso en todo su cuerpo, se puede decir que estaba ya medio muerto. Lo que no le impedía seguir viviendo y sufriendo más y más cada día. Porque para él significaba un padecimiento horrible, atroz, ver a sus hijos… A los tres que habían sobrevivido… ¡Los tres jorobados!

En cuanto a *lady* Morggine, aún se hallaba en peores condiciones físicas que él, porque a su prematura vejez y al hecho de vivir también ya medio muerta, había que añadir la circunstancia de que sus nervios se hallaban tan destrozados, tan desquiciados, tan fuera de lugar, que a menudo daba la sensación de ser una enajenada.

Desde el día que nació el primogénito y lord Morggine, sollozando, desesperado, le confesó a su esposa la maldición que pesaba sobre ellos, ambos se hundieron juntos en la vida como en un páramo desolador.

Pero quisieron tener más hijos, confiando en un milagro. Pero el milagro no llegó.

Por lo demás, ahora, tras diecisiete años transcurridos, aún les quedaba por vivir sucesos sangrientos y aterradores. Aterradores y sangrientos, sí, ambas cosas a la vez, porque el pavor que sentirían sería mucho, pero la sangre que habían de ver no iba a ser poca…

Pero esto ellos lo ignoraban.

Y aún confiaban, pues, en que todo cambiara favorablemente. Dado que Frank, el primogénito, se había casado e iba a ser padre…

Y ellos abuelos…

* * *

La niebla se hacía cada vez más espesa, sobre todo alrededor de la mansión, junto a las orillas del río y en los linderos del bosque.

El mayordomo, que seguía siendo Richard, el mismo que vivió junto a su señor aquellos momentos tan escalofriantes, se giró al oír pasos en el vestíbulo. Él se hallaba junto a uno de los ventanales de la planta baja, intentando otear el horizonte.

—Buenas tardes, señorito Edward.

Le respondió con un gruñido. Solía hacerlo así. Siempre se mostraba hosco, malhumorado.

De los tres hijos de lord y *lady* Morggine, era Edward quien evidentemente no se hallaba resignado con su defecto, con su deformidad, con su joroba. A menudo brillaba en sus ojos una mirada tan de rebeldía, que quienes se hallaban presentes no podían menos que estremecerse.

No sucedía lo mismo con Frank, el hermano mayor. Éste era un hombre bueno a todas luces, que lo aceptaba con conformidad y que no maldecía a nadie.

En cuanto a Nadja, era dueña de unos maravillosos ojos verdes, de una cautivadora sonrisa y de una cabellera seductoramente larga y negra, negrísima. Tenía sobrados motivos para comprender que su pequeña joroba era lo que le impedía considerarse una de las mujeres más fascinadoras de todo el condado.

Pero en realidad no le dolía, o por lo menos no parecía dolerle excesivamente. De todos modos, daba la sensación de no esperar nada de la vida. Y vivía allí, en la mansión de sus padres, como enterrada en vida.

—¿Va a salir, señorito Edward? —preguntó Richard.

—Sí —respondió brevemente.

Y salió, sin dar más explicaciones. No tenía por qué darlas. Era mayor de edad. Podía hacer de su existencia lo que quisiera.

¿Y qué es lo que quería…?

Edward Morggine lo sabía de sobra. Quería casarse con Florinda, la muchacha que vivía en el viejo molino.

Era una chica tosca, ruda, analfabeta, a la que por lo regular parecía asustar su presencia. Iba pobremente vestida, y siempre llevaba los cabellos muy descuidadamente peinados. Cada dos por tres soltaba palabras altisonantes. ¡Pero era tan atractiva!

Edward se la comía con la mirada cada vez que la tenía delante.

El viejo molino se hallaba más allá del lago, pero antes de que llegara el bosque, en el recodo de un camino.

El camino era estrecho y comunicaba, una milla más al sur, con la carretera principal.

Donde cruzaban los carruajes que iban de una localidad a otra.

La más cercana era Saberssy.

Aquella tarde, cuando Edward Morggine llegó al viejo molino, no vio a la muchacha de buenas a primeras.

Pero al poco reparó en su presencia. Estaba no muy lejos, echada en el suelo, sobre el tupido césped que cubría aquel trozo de tierra. Había capturado una lagartija.

No se dio cuenta de que Edward la observaba, y siguió durante varios segundos con la lagartija entre los dedos. Ésta no se resignaba a permanecer sujeta y se movía de continuo, dando coletazos.

Al poco, Florinda sacó un cuchillo del fondo del bolsillo de su amplio delantal, y acercó su punta al vientre del pequeño reptil.

De pronto lo rajó, de arriba abajo, y entonces metió el dedo índice dentro, tanteando cuidadosamente en su interior.

—¿Qué estás haciendo? —Le preguntó Edward, con desagrado —. ¡Qué asco!

Se acercó a ella.

Florinda volvió hacia él su rostro atractivo, tentador. Se limitó a hacer una mueca.

Luego dijo:

—No he debido hacerlo, ¿verdad? —Pero antes de recibir una respuesta, le explicó—: Mi madre me enseñó… Es un modo como otro de saber cómo me van a ir las cosas…

—¡No estamos ya en tiempos de brujerías! —exclamó Edward—. ¡Y tú debieras ser una muchacha suficientemente culta para saberlo!

—No soy culta… —repuso ella—, soy muy ignorante. Usted ya

lo sabe. Por eso no me quiero casar con usted. No me imagino viviendo como una dama. Su familia se reiría de mí.

—Si no quieres casarte conmigo —dijo Edward, crispando la expresión— no es por eso, a mí no me engañas… Es porque te repugna mi joroba… ¡Por culpa de mi maldita joroba!

—No, no es por su joroba —adelantó la mano, la que no sostenía la lagartija, y la paseó por la curva deforme de su espalda.

Edward esquivó su gesto con un violento retroceso.

—¡No me toques! —barbotó.

—Yo creía —sonrió Florinda— que deseaba que le tocara.

—Es distinto… —masculló Edward—. ¡La joroba déjamela tranquila! Lo has hecho para que te dé suerte, ¿eh?

—No. Pero piense lo que quiera. Me da lo mismo —se hizo la enfadada.

Tal vez lo estuviera de verdad. Siempre había sido rara, desconcertante.

—No te enfades —dijo Edward, temeroso de sentirla aún más distanciada.

—No me enfado… Pero ahora no me distraiga. He de terminar con la lagartija.

—¿Qué vas a hacer?

No se esperaba aquella respuesta:

—Enterrarla antes de que se enfríe.

—¡Déjate de tonterías!

—No es la primera vez que lo hago… No, no son tonterías… Si mañana sigue caliente, es que voy a tener suerte…

—¡Si tu madre era una bruja, tú no lo eres! —exclamó enfadado —. ¡Así que deja de imitarla!

—No. Me gusta parecerme a ella.

Edward dio unos pasos, como si fuera a irse.

Pero de un modo inesperado, casi desconcertante, se animó el rostro de la muchacha.

—Si quiere algo de mí… Dese cuenta —le sonrió—. Si no quiero casarme con usted no es por su joroba… Acérquese…

CAPÍTULO III

El bautizo tuvo lugar en la localidad de Saberssy.

Habían nacido gemelos, un niño y una niña. Ambos hermosísimos y completamente normales.

Frank Morggine no cabía en sí de gozo, de felicidad. Al igual que su hermosa esposa, Goldie, aunque los sentimientos de ésta no eran netamente maternales, ya que ella era ante todo una mujer endiabladamente ambiciosa.

Lord y *lady* Morggine, obsesionados con la fatalidad que pesara sobre ellos, no se atrevían a sonreír. Pero pensaban: «La maldición acabó en nosotros. Ahora todo será distinto».

Nadja sí sonreía…

Al salir de la iglesia, todos ellos regresaron en magníficos carruajes hasta la mansión, cuyos contornos regios y severos se hallaban más rodeados de niebla que nunca. Como si ésta se volcara, se abatiera con saña sobre aquellos gruesos muros, no queriendo contribuir a que todo fuera verdaderamente hermoso aquel día.

Pero los distanciados habitantes de aquellos lugares, estaban acostumbrados a la niebla, la aceptaban y recibían con naturalidad, así que nadie dio excesiva importancia al hecho.

Sólo Richard, el mayordomo, murmuró para sí:

—Parece como si algo amenazador se cerniera sobre nosotros…

La fiesta se llevó a cabo en los principales salones de la mansión, y resultó lucida, incluso animada. Los trajes de etiqueta de los caballeros, abotonados con doble hilera de botones, resultaron impecables. Los vestidos de las señoras, de amplios y generosos escotes según el dictado de la moda, lo tuvieron todo asimismo de elegantes.

Desde luego, no fueron muchos los invitados, ya que los Morggine se relacionaban poco y tenían pocos amigos. Sin embargo,

acudió lo mejor de Saberssy, localidad que, aunque pequeña, no carecía de familias de bastante categoría.

En un principio, pues, dio la sensación de que todo iba a ir a la perfección.

Pero luego…

La familia y los invitados ya no se hallaban en los salones, ya habían dejado de saborear las apetitosas viandas y los sabrosos vinos. La fiesta había concluido y unos y otros se habían despedido.

La nodriza estaba cambiando los pañales a uno de los pequeños. La nodriza era una mujer relativamente joven, sencilla, leal a toda prueba, que se sentía orgullosa de haber entrado al servicio de los Morggine, la familia más rica en muchas millas a la redonda.

Y en eso, todos oyeron su grito. Un grito terrible que profería la boca de esa mujer.

Se trataba de que, cuando el niño estuvo ya limpio y aseado y ella lo dejó en su cunita, percibió un ruido tras ella.

Se giró, sobresaltada.

Y entonces oyó, a través de la ventana un tanto entreabierta de aquella habitación, una voz que decía, que ordenaba:

—¡Mátale!

Estremecida, la buena mujer esperó ver aparecer, por entre las sutiles cortinas que el viento agitaba levemente, a un ser humano. Hombre o mujer. Pero a un ser humano.

Pero su horror fue inconmensurable, careció de límites, al ver que no era un ser humano el que había recibido aquella orden tajante.

Vio penetrar a una inmensa águila real, batiendo con furor sus alas negruzcas, y con los redondos ojos, inyectados en sangre, como enloquecidos… Entreabría el pico en un jadeo baboso que cortaba el aliento… Y mostraba amenazadoras sus garras curvadas, pavorosas, que esgrimía como garfios…

El horrible pájaro se lanzó furioso, furibundo, desquiciado, sobre la cuna del débil e indefenso niño, que apenas contaba unos días de vida.

Hacer eso y clavarle las curvadas y terribles uñas en el cuerpo, a través de las blancas puntillas de su vestido, fue todo uno.

Ya para entonces, empero, la familia había llegado hasta allí, atraídos todos ellos por el grito de la nodriza, cuya primera reacción

no pudo ser otra que dar la voz de alarma.

Pero que los padres de la criatura llegaran hasta la habitación, y que llegaran asimismo lord y *lady* Morggine, y Edward, y Nadja, de poco había de servir al pequeño.

El águila alzó el vuelo y se lo llevó, cogido a los garfios de sus mortíferas uñas. Se lo llevó a través de la ventana.

Una vez fuera, elevó el vuelo, alto, muy alto, y sólo entonces soltó su presa.

Todos habían corrido fuera de la casa y entonces, al poco, se oyó un grito unánime…

Habían dado a través de la niebla con el cuerpecito del niño, que había reventado al caer a tierra desde tan considerable altura.

Y había reventado por todas partes, cabeza, cuello, piernecitas, como en una explosión.

Había quedado irreconocible en medio de un charco de sangre.

—¡Era un águila amaestrada! —gimió una y otra vez la nodriza —. ¡He oído perfectamente la voz que le mandaba matarle! ¡Ha sido una orden imperiosa, apremiante!

—¿Era una voz de hombre o de mujer? —preguntó Goldie, la madre de la infeliz criatura.

Una madre que, a pesar de lo sucedido, lograba mantener cierta compostura.

—No sé… No sé… —vacilaba la nodriza, descompuesta toda ella —. No podría asegurarlo… Creo que de mujer… No, de hombre…

Lord Morggine miraba angustiosamente a su esposa. Comprendía que aquel golpe iba a significar para ella más que para nadie. Más, incluso, que para su hijo Frank. El cual había caído desolado en un asiento, ocultando el rostro entre las manos, sollozando amargamente.

—¡El águila ha huido en dirección al castillo! —exclamó poco después uno los sirvientes de la casa.

Lady Morggine se llevó la mano al corazón. Había sentido una dolorosísima punzada.

—¿Qué te sucede…? —se inquietó seriamente su esposo, viendo que una palidez marmórea, lívida, se adueñaba de su semblante.

—Me siento enferma… —murmuró quedo, muy quedo—. Creo que es el corazón. Me siento morir…

—¡No! —sollozó su esposo.

Y seguidamente pidió a su hijo Edward que se dirigiera inmediatamente a Saberssy y trajera al doctor. Lo antes que pudiera. Urgía allí la presencia de un facultativo, y el de ellos, el de siempre, se hallaba de viaje.

—En seguida… —dijo Edward, y se apresuró a obedecer el mandato de su padre.

Frank seguía desplomado en el asiento, y no concedía atención a su madre, ni a nadie.

No se daba cuenta de nada. No se percataba de cosa alguna. Era demasiado intenso su dolor para dar cabida a algo que no fuera lo que sentía tan angustiosamente.

Pero Nadja, la bellísima pero un poco jorobada muchacha, sí se acercó solícita a su madre.

—Por favor, mamá… Es mejor que te acuestes… Anda, apóyate en mí, y en papá… Así, poco a poco… En el lecho te sentirás mejor…

Obedeció dócilmente, pero estaba sin fuerzas y apenas podía dar un paso. Sin embargo, antes de llegar a su dormitorio se excitó, se exaltó. Pero entonces no hubo en ella más que nervios. Nervios destrozados, desquiciados, que le hicieron comportarse más que nunca como una pura enajenada.

—¡Tenía que suceder! —Se puso a gritar—. ¡La maldición no acaba en nosotros, sino que sigue en los hijos de nuestros hijos! ¿Habéis oído lo que ha dicho uno de nuestros criados? ¡El águila ha huido hacia el castillo! Sí, claro, hacia el castillo de los jorobados. De allí llega la maldición, que nos persigue a través de los años…

—Por favor, mamá —rogó Nadja—, no te excites así. Cálmate… Anda, acuéstate… Ya estás junto a la cama… Échate… Así, así…

Pero el lecho no consiguió apaciguarla.

—¡Debimos presumir que sucedería! ¡La maldición nos persigue implacable, terrible, destructora! Así es, y así será… No podremos evitarlo… Dice la nodriza que el águila estaba amaestrada, que ella oyó la voz que le mandaba matar… Claro, ha debido amaestrarla uno de aquellos jorobados y la voz debió ser también la de alguno de ellos…

—Te lo ruego, mamá —intervino Nadja— no divagues así… En el castillo no vive nadie. El último de sus moradores murió hace ya muchísimos años.

—Tiene razón Nadja, querida —dijo lord Morggine—. Ya nadie vive en aquel lugar, así que mal ha podido alguien amaestrar a esa águila, ni dar órdenes de nada… Allí en el castillo ya sólo quedan esqueletos…

—Después de aquella tenebrosa maldición —exclamó *lady* Morggine entre gemidos— una maldición que fatalmente alcanzó a todos mis hijos, incluso a ti, mi pequeña y dulce Nadja, ya nada me extrañaría… Ya nada me extraña… Sí, seguro que la culpa la tienen ellos…

CAPÍTULO IV

Edward Morggine hizo sonar el pequeño aldabón.

Y quedó sorprendido cuando se abrió la puerta, porque fue un joven alto y delgado, de rasgos agradables, quien apareció en el dintel. Él se esperaba un hombre de mediana edad, por lo menos de unos cincuenta años. El que acababa de aparecer contaría a la sumo veintisiete.

—Usted dirá…

—Venía por el doctor Hawn… Laurence Hawn. Por lo visto me he equivocado de número, de casa.

—No, no se ha equivocado usted —respondió el aludido con naturalidad—. Soy yo. Usted dirá.

Le dijo de qué se trataba, bien impresionado de su aspecto a pesar de su juventud.

Laurence Hawn, por su parte, se apresuró a estirarse el chaleco, a ponerse una levita de color beige, con solapas de terciopelo, y a coger el maletín con lo más indispensable.

El carruaje de los Morggine les esperaba fuera, con el cochero al pescante. Llegaron a la mansión en menos de veinte minutos.

Afortunadamente a tiempo, aunque el caso de *lady* Morggine revestía cierta indudable gravedad. Lo que el joven doctor hizo constar a lord Morggine y a Nadja, quien tenía que hacer grandes esfuerzos para ahuyentar las lágrimas de sus ojos.

—Deberá hacer un reposo absoluto y tomar, cada dos horas, la medicina que voy a recetarle. Pero sobre todo tranquilidad…

—No va a ser fácil que la tenga —repuso triste y fatalista, lord Morggine—. Las circunstancias no le ayudan, todo lo contrario —y volviéndose hacia Nadja—. Explícaselo tú, hija. Yo ahora me quedo al lado de tu madre.

Ya fuera del dormitorio, donde la enferma acusaba satisfactoriamente el sedante que el joven doctor le había

administrado, éste se quedó observando a la muchacha con una mirada que tenía mucho de admirativa.

Pero fue la suya una mirada que inevitablemente terminó en la espalda, reparando en su pequeña joroba.

De todos modos, Laurence Hawn era un joven educado, fino, atento, que hizo como si en realidad no se hubiera percatado del defecto de la muchacha.

—Dígame, ¿es cierto que las circunstancias no colaboran a que su madre disfrute de esa tranquilidad que tanto necesita para reponerse?

Nadja se había sonrojado al ver la mirada de Laurence Hawn puesta en su espalda, sintiéndose más avergonzada que nunca de su defecto. Pero se esforzó por recuperarse.

Le explicó la aparición del águila y la trágica muerte que tal hecho había llevado consigo.

—Y la nodriza dice que el águila estaba amaestrada y que alguien le ordenó matar al niño…

Nadja no se refirió para nada al castillo de los jorobados, ni a la maldición que, desde hacía años, cayó sobre ellos como un azote maligno. Esto lo dejó a un lado. Pero estaba en su mente, en su pensamiento. ¡Cómo no iba a estarlo!

Quizá precisamente por eso, le sorprendió más, mucho más, la pregunta que le hizo Laurence Hawn.

—Cuando oyeron el grito de la nodriza, ¿dónde se hallaban ustedes…? Quiero preguntar —especificó— que dónde se encontraban en aquel preciso instante cada uno de los componentes de la familia.

—No le entiendo —dijo Nadja, desconcertada ante aquel inesperado modo de enfocar la cuestión.

—¿Estaban ustedes juntos…? ¿O acaso separados…? —Y sin esperar que la muchacha dijera algo—. De estar ustedes juntos, ya desde el principio quedaría demostrado, evidenciado, que ninguno de los presentes había sido la persona que ordenó al águila amaestrada que diera muerte al niño… De estar separados todos y cada uno de ustedes, la cosa cambiaría por completo…

—¡Oh! —exclamó Nadja.

—Dígame —la apremió—, la muerte de ese niño inocente, casi recién nacido, ¿a quién beneficia económicamente? Disculpe que

me inmiscuya tan abiertamente en lo que no debiera importarme en absoluto, pero creo ver en sus ojos… —sonrió un poco— en sus preciosos ojos azules, señorita Morggine, que usted necesita *desesperadamente* quien la ayude…

Nadja se dijo para sí que ninguna palabra más acertada que aquel *desesperadamente* que el joven doctor había pronunciado.

Sin embargo, se le antojó absurdo, ridículo, aquella manera, aquella forma, de enfocar y analizar el hecho acaecido.

A pesar de eso, pensó que no podía haber ningún mal en satisfacer la curiosidad de Laurence Hawn. Quien parecía pendiente, muy pendiente, de lo que ella pudiera decir.

—Cuando sonó el grito de la nodriza, estábamos separados… Cada uno en sus respectivos aposentos, o por su lado… Esta casa, ya se habrá dado cuenta usted, es muy grande… Así que, nos hallábamos distanciados… En cuanto a quién favorece económicamente la muerte de ese niño, pues… pues… no creo que a nadie en particular. Bueno, supongo que con el tiempo favorecerá a la hermana gemela… Ya le había dicho que habíamos bautizado a dos criaturas, ¿verdad?, un niño y una niña. Habiendo muerto el niño, la niña lógicamente heredará con los años toda la fortuna de los Morggine.

—Y si muriera también la niña, ¿a quién entonces…? —Pero Laurence Hawn se detuvo al ver que Nadja, pálida, lívida, casi se tambaleaba—. ¡Por favor, señorita Morggine, no he pretendido impresionarla tanto!

La muchacha levantó los ojos. No quiso rehuir la realidad. Lo que quizá fuera una horrenda y aterradora realidad, a la que tendría, quiera que no, que hacer frente.

—De morir la niña que queda… —repuso— la fortuna de mis padres quedaría dividida en tres partes iguales… Una para mi hermano mayor, Frank… Otra para mi hermano mediano, Edward… Y la otra para mí… Bueno, lo cierto es que ya está dividida así… Al aludir antes a que todo con el tiempo acabaría en poder de esa pequeña, me refería exclusivamente al hecho de que, con el tiempo, para ella lógicamente había de ser todo…

—¿Por qué ha dicho lógicamente? —preguntó.

—No creo que mi hermano Edward se case nunca. Ni es fácil que yo me case tampoco —se ruborizó—, así que, no habiendo

descendencia por nuestra parte…

—¿Por qué no ha de casarse usted, señorita Morggine? —preguntó Laurence Hawn.

La pregunta, desde luego, no pudo ser hecha con mayor y más sencilla naturalidad.

Pero Nadja se echó a llorar y huyó precipitadamente de la presencia del joven doctor.

* * *

Ya le faltaba poco a Laurence Hawn para traspasar el parque-jardín y llegar al carruaje —el cochero tenía la orden expresa de llevarle nuevamente a Saberssy, así que concluyera allí su visita— cuando oyó una voz muy cerca de él.

—No esperaba verte tan pronto, Laurence.

Se volvió hacia la mujer que acababa de pronunciar su nombre. Una voz inconfundible, que sabía hacerse suave, melosa, pero que por lo regular resultaba fría como un témpano de hielo.

—Hola, Goldie.

—Ya te lo han dicho, ¿no es eso? Ha muerto uno de mis hijos, y ha sido la suya una muerte espeluznante.

—Sí, ya lo sé —dijo él—. Lo lamento de veras, Goldie. Debes sentirte muy apenada.

—No, tú no lo lamentas —masculló—. Por el contrario debes estar pensando que me lo tengo muy merecido.

—¡No digas disparates! ¡No pienso eso! Por muy pérfida y engañosa que sea una mujer, como madre nunca merece…

—¡Pero tú me odias, Laurence! —Su voz era fría, gélida, pero la mirada voluptuosa de sus ojos abrasaba—. ¡Me odias, porque te dejé por Frank Morggine!

—Te aseguro que no —hubo absoluta serenidad en el joven doctor—. Me gustabas, Goldie, y me decepcionó que por dinero te vendieras. Pero todo aquello lo he olvidado. Te lo juro.

—¡Tú me odias! —exclamó ella.

—Eso significaría que aún te amaría algo… Y ya no te amo, Goldie. Creo que, verdaderamente, no llegué a amarte nunca. Me gustabas, sí, pero de eso no pasaba la cosa…

—¿Te sigo gustando, Laurence? —Hubo ahora impaciencia en su acento, que no quiso alterar y sin embargo alteró más de la cuenta, de un modo delator—. De ser así…

—No sigas —la interrumpió.

—¿Por qué no?

—¿Y lo preguntas tú, Goldie? Ahora eres una mujer casada.

—Que aborrece y desprecia a su marido. De Frank —aclaró— sólo me interesa su fortuna.

—Debiera darte vergüenza expresarte en estos términos —y agregó—: Créeme, rezo porque Frank Morggine nunca se entere de tu desamor… Puede que no te resultara su reacción todo lo resignada que tú imaginas.

—Por favor, Laurence… —ahora empezaba a hacerse melosa su voz—, piensa en mí alguna vez… Y piensa que podemos volver a vernos, si tú quieres…

—No quiero, Goldie.

—¡Claro —barbotó de pronto, indignada, llena de celos—, tú prefieres a Florinda, la chica del viejo molino! ¡Pues es tan bruja como pudiera serlo su madre, que en buena hora murió y dejó de echar sus bienaventuranzas o maleficios, según le daba!

—Yo no tengo nada que ver con Florinda —dijo Laurence, con el entrecejo pronunciado—. Ten cuidado con lo que dices, Goldie. Las palabras hay que saber medirlas.

—¡Pues el otro día entraste en el viejo molino! ¡Yo te vi…! Conque ahora no me vengas con…

—No tengo por qué darte explicaciones. No eres nada para mí, ni nada para mí significas —pero quiso ser sincero con ella, aunque ella poca sinceridad se merecía—. Si fui allí, es porque me mandó llamar. Se había herido en un brazo, se había clavado un hierro, y temía que pudiera infectársele… Eso es todo.

—¿De veras, Laurence? —Y volvía la voz melosa, acariciadora, que prometía deshonestas dulzuras de amor.

—Sí, de veras. Pero entre nosotros todo ha acabado, para siempre. Y con franqueza, Goldie —quiso terminar de ser sincero, aunque sólo fuera por una vez en la vida—, aún vales menos de lo que creía antes de llegar aquí.

CAPÍTULO V

Menguó la llama del quinqué, cuyo globo de color rosáceo daba al dormitorio un tono suave, casi acariciador, y luego miró hacia el lecho.

—Acércate, Goldie —pidió la enferma.

No se lo hizo repetir.

—Dígame —pero su expresión no era agradable, no era grata, no infundía la menor confianza.

Pero era la esposa de su hijo Frank, así que *lady* Morggine no tenía por qué ocultar los pensamientos que una y otra vez le estaban torturando, zahiriendo.

—Debes achacarlo todo a esa maldición, ¿verdad?

—No —dijo Goldie—. Yo nunca he creído en maldiciones de ese tipo, ni de ningún otro.

Soy una mujer sensata, práctica, de estos tiempos, no de los pasados.

—Entonces, ¿qué opinas…? —Quiso saber.

—Que me queda la niña —repuso brevemente.

—Y debes defenderla —dijo *lady* Morggine, angustiosamente.

—Sí, claro —admitió—, pero no de quien usted imagina.

—Sí, pienso que han sido ellos, los jorobados del castillo… ¿Qué otra cosa puedo pensar, después de haber recibido, a través de los años, tan terribles muestras de lo diabólico e inapelable de su sentencia?

—Señora, ya se lo he dicho… —su tono delataba cierta impaciencia—, yo no creo en maldiciones… Sucede lo que no puede evitarse o simplemente lo que ha de suceder, y esto es todo. Algo muy simple.

—Te lo tomas con mucha calma, Goldie.

—¿Cómo quiere que me lo tome? Mi hijo murió y fue enterrado, ya no pertenece a este mundo. ¿A qué torturarse más?

—Sí, es cierto… —convino—. Pero ahora cuida, protege a la niña… No la dejes nunca sola…

—No voy a pasarme el día junto a su cuna, ¿no le parece? Sería demasiado aburrido, no estoy acostumbrada a sentirme atada.

—Bueno, mujer, bueno —luego preguntó—: ¿Y Frank? ¿Está mejor, se encuentra más animado?

—No mucho —se encogió de hombros—. Pero ¿qué quiere que yo le haga? Ya he hecho bastante, le he dicho que si quiere tener un nuevo hijo varón, un primogénito, pues que iremos por él… Por mí no será… ¿No es ponerse a tono?

—Supongo que sí. Pero cuida, vigila a la niña… —insistió—, esto es lo primero. Lo demás llegará a su debido tiempo.

Tantos fueron los temores de *lady* Morggine respecto a los peligros que podían acechar a la niña, que Goldie, al salir de aquel dormitorio, se dirigió al de su hija.

Pero la niña no estaba allí. En brazos de la nodriza, se hallaba en la planta baja de la amplia y soberbia mansión, concretamente en la biblioteca, lugar donde se hallaban debidamente alineados cientos y cientos de valiosos libros. Lugar preferido de Frank Morggine.

Por eso la nodriza, la buena mujer, había bajado allí a la niña. Sabía que su padre estaría en aquella estancia y que ver a la criatura le haría bien, le confortaría, le levantaría el ánimo.

Pero antes de entrar en aquella amplísima habitación, la nodriza tuvo buen cuidado de dirigir una mirada a los ventanales, asegurándose de que éstos permanecieran enteramente cerrados.

No quería correr el riesgo de que, como la otra vez, por allí apareciera el águila asesina…

Frank Morggine, en efecto, se sintió mejor al ver a la niña, que cada día estaba más bonita, más llena de vida y salud. Incluso dio la sensación de que olvidaba la tragedia acaecida.

Pero cuando Goldie penetró allí, Frank cambió de actitud. Como si por algo estuviera disgustado con su mujer y no quisiera verse en la evidencia de hablar con ella. Así que se las arregló para salir de la biblioteca sin pérdida de tiempo.

Otro tanto hizo finalmente Goldie, aunque ella sin prisas, sin precipitaciones, si bien con una expresión un tanto preocupada. Se preguntaba qué le sucedería a Frank… ¿Acaso empezaba a sospechar que ella amaba a otro hombre?

¡Sí, ella amaba a Laurence Hawn! Tanto, que casi estaba arrepentida de haberle dejado por otro. Tanto, que estaba dispuesta a luchar por él del modo más eficaz, más efectivo.

Mientras, la nodriza seguía meciendo en sus brazos a la preciosa niña, que acababa de abrir los ojos y parecía mirar hacia uno de los ventanales. Como si presintiera lo que iba a suceder.

Aunque era tan pequeña que no podía presentir nada. Sin duda, pues, le atraía el ruido del follaje y de las ramas de los árboles, que de todos modos no podía ver, ya que ramas y follaje se perdían entre la densa niebla de aquel atardecer.

De súbito, alguien arrojó desde el exterior una piedra contra el cristal de uno de los ventanales. Y luego, al acto, otra y otra, hasta que el cristal quedó destrozado, saltando hecho añicos.

Quedó, por tanto, un vacío considerable… Entonces se oyó de nuevo aquella voz:

—¡Mátala!

Apareció de nuevo la horrible águila de color negruzco, con su jadeo baboso, sus ojos redondos inyectados de sangre y sus garras terribles, curvadas, pavorosas, como verdaderos garfios de hierro.

La nodriza retrocedió espantada, aterrada, hasta tropezar con una de las puertas, cerrada en aquel momento. Y allí quedó sin habla, cercada, acorralada.

Y hacia allí se dirigió el águila, batiendo sus alas en un semivuelo espeluznante.

La nodriza quiso proteger a la niña, retenerla contra su pecho, pero sintió que todo daba vueltas a su alrededor y cayó desvanecida.

La pequeña fue a dar contra el suelo y empezó a llorar desconsoladamente. Pero esto fue lo de menos.

Lo verdaderamente aterrador corrió a cargo de la terrible ave de presa, que cayó como una exhalación sobre la pobre criatura, clavándole las garras en el cuerpo. Clavándoselas por entero, una y otra vez, hasta que el infeliz cuerpecito no fue otra cosa que un coladero de purpúrea sangre.

Había dejado ya de existir, y las curvadas garras seguían entrando y saliendo de su carne con un ensañamiento horrible, espantoso.

Hasta que, harta de aquel bestial y demoníaco placer, dejó de

matar y rematar lo que triste y lamentablemente ya estaba muerto, y con un semivuelo salió por donde había entrado.

Entonces se elevó por los aires en un vuelo magnífico, soberbio, impresionante, perdiéndose en lo alto entre la niebla.

En dirección al castillo de los jorobados.

Una vez más lo mismo.

* * *

Al enterarse de la terrible noticia, *lady* Morggine quiso abandonar el lecho, pero las fuerzas le faltaron y tuvo que caer postrada sobre las almohadas.

—¡No, por Dios, no…! —Se puso a gimotear—. ¡Es demasiado castigo! ¡Es demasiado…! —Y volviéndose hacia su esposo, que permanecía a su lado, exclamó con el tono desgarrado, como si de una herida sangrante se tratara—. ¡Por favor, vuelve al castillo y pide piedad a sus moradores…! ¡O a los esqueletos de quienes fueron moradores! ¡Pide piedad como mejor sepas, de rodillas si es preciso…! ¡Que te perdonen por haber interrumpido su reposo! ¡No podemos seguir viviendo bajo el cortante filo de esa horrenda maldición…! ¡Te lo suplico, esposo mío, vete…! No tengas miedo… No tengas miedo…

Lord Morggine sí tenía miedo, no podía evitarlo. Era algo superior a sus fuerzas.

Pero llegó un momento en que le causó tanta consternación ver a su esposa en aquel lamentable estado, que ya no pudo más y prometió:

—Sí, iré. ¡Iré al castillo!

—¿Cuándo…? ¿Cuándo…? —le apremió ella y sin esperar respuesta—. Vete cuanto antes, mañana mismo.

—Bueno —accedió lord Morggine. Quien, empero, puntualizó—: Pero ahora, desgraciadamente, ya no corre prisa…

—A pesar de eso…, a pesar de eso… —dijo y repitió, apremiándole de nuevo.

—Frank, Edward y Nadja son como les hizo la maldición, como la maldición quiso que fueran… Ellos están libres de la muerte…

—Sí, claro, claro… —repuso la enferma, pero balbuciendo de un

modo extraño.

Poco después, era el joven doctor Laurence Hawn quien llegaba a la casa. En esta ocasión en un carruaje de alquiler, un *fiacre* de altas ruedas, negro, con reflejos acharolados.

Iba a hacer una nueva visita a *lady* Morggine. Sabía de sobra que su estado inspiraba cuidados, así que no debía desatenderla. Sin embargo, el verdadero motivo que le llevaba allí, no era la madre, sino la hija, Nadja, una preciosa muchacha que no se apartaba de sus pensamientos, y por más de un motivo…

Apenas estuvo a medio camino del parque-jardín, la vio. Se hallaba en un pequeño cenador, sola, dominada por la tristeza. Que no era poca, a juzgar por las lágrimas que inundaban su rostro. Llevaba un vestido muy ceñido de talle, con bastante vuelo en la falda. En su borde inferior y alrededor del discreto escote, lucía un volante muy gracioso.

Estaba más bonita que nunca. Desde luego, vista desde allí no se le veía la pequeña joroba.

Laurence Hawn se acercó adonde ella se hallaba.

—¿Estorbo…?

—¡Oh, no! —Y de un modo impulsivo, llegó hasta él y exclamó—: ¡Usted no debe saberlo aún, el águila ha matado a la niña! —Y sollozando—: ¡Es la maldición que pesa sobre todos nosotros…! Sí, sí, ¿qué otra cosa iba a ser?

Laurence Hawn quiso esforzarse por asimilar el significado de aquellas palabras, que para él carecían enteramente de sentido. Pero desde el primer momento, eso sí, comprendió que entrañaban mucha importancia, por lo que no las desdeñó en absoluto.

—¿De qué maldición me habla, señorita Morggine?

Ella se lo explicó. Ya no podía más. Todo aquello le pesaba hasta chafarla, hasta abrumarla, hasta hundirla más allá de la más horrenda de las desesperaciones.

—Me cuesta creer —dijo Laurence Hawn con la expresión concentrada, así que la muchacha concluyó— que su padre diera crédito a esa voz… Me refiero a esa voz que salió del sótano del castillo, de entre los esqueletos.

—¿Cómo no darle crédito, si él mismo la oyó?

—Los esqueletos no hablan —razonó el joven doctor— y si alguien verdaderamente habló, fue un ser vivo… De esto no cabe la

menor duda. La evidencia se impone. Pero, en fin, antes de seguir hablando de tan delicada cuestión, prefiero ciertamente reflexionar un poco… Ahora, con su permiso, visitaré a su madre. Pero antes permítame pedirle un favor a usted, señorita Morggine.

—Dígame, doctor.

—La próxima semana mi madre piensa ofrecer una fiesta a lo más escogido de sus amistades. Mi casa no es como ésta, pero es de las mejores de Saberssy. Me encantaría que usted viniera.

Nadja se quedó desconcertada. No se lo esperaba. Notó que el rubor ascendía a sus mejillas.

—Es la primera vez que alguien me invita a una fiesta —balbució torpemente.

—Es extraño —sonrió el joven doctor—, pues es usted una muchacha verdaderamente encantadora.

—Pero…, pero… —tartamudeó.

—Sin peros —Laurence Hawn seguía sonriendo—. La espero sin falta. Me encantará que mi madre la conozca.

CAPÍTULO VI

Lord Morggine estaba ya cerca del castillo, cuya silueta se perfilaba sobre la pequeña colina. Pero él apenas tenía vista, así que todo lo veía impreciso y borroso.

Se sentía más envejecido y acabado que nunca, y su único consuelo estribaba en saber que llevaba a su lado a Richard, su mayordomo. Un sirviente que siempre había sabido atenderle con solicitud, competencia y lealtad. Por lo menos él lo suponía así.

—Señor, no siga adelante… —era la voz de Richard, que nunca se había mostrado tan insegura.

Lord Morggine se volvió hacia él, dándose cuenta de que sudaba de un modo abrumador, verdaderamente desbordante. Gruesas gotas de transpiración inundaban toda su frente, deslizándose hacia abajo convertidas casi en chorros.

—¿Qué te pasa, Richard? —Y creyendo adivinar el motivo—. Tienes aún más miedo que yo, ¿no es eso?

—Señor, se lo suplico —era el suyo un ruego encarecido—, no volvamos allí. Si usted sigue adelante, yo le acompañaré, pero… ¡Por Dios, deténgase! ¡No volvamos a sumergirnos en el terror ya vivido una vez!

—Lo lamento —dijo lord Morggine, él también sudando por todos los poros de su piel—, pero se lo he prometido a mi esposa… No puedo volverme atrás.

—Bien, señor —acató, haciéndose cargo de la situación, comprendiendo que resultaría inútil toda insistencia.

Llegaron hasta aquellas ruinas, que seguían milagrosamente en pie.

Parecía como si aquellos años no hubieran transcurrido. Todo igual. Todo idéntico.

Incluso aquella puerta, cuyos goznes volvieron a chirriar escandalosamente al ser empujada.

Penetraron seguidamente en aquella estancia amplia, que carecía de parte del techo y de dos de sus paredes. Un lugar vacío, a excepción de las columnas situadas en el centro, que en su día debieron ser una magnífica ornamentación.

Lord Morggine, tras una breve vacilación, se apoyó en una de aquellas columnas y ésta se movió, giró sobre sí misma, dejando abierta la abertura…

A través de ésta, se veía el sótano y allí muchos esqueletos. Los mismos esqueletos de la otra vez. Todos ellos con la espina dorsal torcida, curvada, delatando la deformidad de una joroba.

Lord Morggine hincó en el suelo las dos rodillas y juntó las manos en ademán de súplica. Luego alzó mucho la voz, todo lo que pudo:

—¡Soy yo, que vengo a pediros piedad! ¿Os acordáis de mí? Soy lord Morggine. ¡No nos castiguéis más! ¡Por el amor de Dios, compadeceos de nuestro dolor!

Hasta aquel momento, Richard se había limitado a seguir a su señor, si bien con desagrado y sudando como una mala bestia.

Pero al llegar a tal punto las desoladas y desesperadas súplicas de su señor, ya no pudo más y exclamó:

—¡Basta, señor! ¡Basta!

Lord Morggine se volvió hacia su sirviente, sin comprender qué significaba aquello.

—¿Qué dices…? —preguntó.

Entonces Richard le dijo que ya no podía más con sus remordimientos. Que estaba que ni vivía. Porque todo *aquello* de hacía años, había sido una pura ficción… Quiso hacerle sufrir porque él amaba a la entonces joven y bella *lady* Morggine y le llenó de despecho que otro se la llevase.

—Por lo que le gasté esa macabra broma —agregó Richard—, pero sin suponer, claro está, que pudiera tener tan trágica continuación…

—¿Cómo…? —balbució lord Morggine—. ¿Qué…? ¿Cómo dice…?

—Un día —explicó Richard— descubrí casualmente que esta columna, al ser movida, daba paso al sótano del castillo y que en el sótano había varios esqueletos, todos ellos de personas jorobadas… Se me ocurrió inventarme una leyenda, la que después le referí a

usted…

Y se me ocurrió, asimismo, inducirle a llegar hasta aquí… Pero antes, antes, contraté a un jovenzuelo, para que nos esperara escondido dentro del sótano y pronunciara las palabras fatídicas en el momento oportuno… De este modo, a usted, señor, le aseguraba un susto que no olvidaría por mucho que viviera…

Lord Morggine se puso en pie, pero tambaleándose. Como si acabara de tomar varias copas de más.

—Oh, señor —exclamó Richard, compungido—. No puede imaginarse cuántas veces he lamentado dejarme arrastrar por esa idea. Con mayor motivo, puesto que luego *lady* Morggine tuvo la desgracia de caerse del caballo cuando estaba embarazada ya de varios meses y debido a ello el señorito Frank nació jorobado… Sí, fue debido a eso, señor, no a la maldición… Esa maldición no existe, no ha existido nunca… Fue una mera invención mía…

—Entonces, ¿cómo es que mi hijo Edward también nació jorobado? —preguntó lord Morggine, perplejo hasta tal extremo, que aún parecía no hacerse cargo de que Richard había dejado de ser el sirviente fiel y leal que siempre supuso.

¿O quizá lo era por primera vez en su vida?

—Un día la señora se desvaneció, y cayó sin sentido hasta el suelo, ¿recuerda, señor? Nadie dio importancia al hecho, ya que en apariencia no la tuvo, puesto que ya se sabía que estaba embarazada de nuevo y se atribuyó a eso… Pero la caída, y algún golpe desgraciado que sin darse cuenta debió darse, fue sin lugar a dudas el motivo de que…

—Pero, entonces, ¿por qué mi hija Nadja nació también jorobada? —inquirió lord Morggine.

—Señor, eso es lo que nunca he podido comprender —repuso Richard—. La señora no sufrió accidente alguno mientras estuvo encinta de su hija Nadja y disfrutó por lo demás de una salud perfecta…

—Además, ¿por qué, entonces, murieron mis otras hijas, las que nacieron normales? —volvió a preguntar.

—Casualidades, señor… Debía suceder… Coincidencias, que de trágicas lo tuvieron todo…

—No sé… No sé… —lord Morggine movía la cabeza dubitativamente.

Richard exclamó:

—¡Perdóneme, señor! ¡Perdóneme aunque sólo sea por la valentía que he necesitado para desenmascararme a mí mismo…! ¡Pero lo he hecho, señor, por su bien! ¡No puedo consentir que piense que el águila amaestrada es guiada en sus crímenes por los jorobados de este castillo! El águila está amaestrada, sí, esto resulta evidente, pero no por ningún muerto… ¡Por un vivo, sí! ¡Por un vivo que quiere destruirle a usted y a los suyos! —Y sin más volvió a exclamar—: ¡Señor, hay que ir inmediatamente a Saberssy y explicarlo todo al comisario Mittson! ¡Tras todo esto se esconde un peligroso criminal!

* * *

Apenas podía andar, y Richard le sostenía, pues de lo contrario no hubiera podido hacer el camino de regreso. Pero a pesar de la ayuda que recibía, lord Morggine sentía que sus ánimos iban decayendo a cada nuevo paso.

Así que llegó un momento en que se vio incapaz de seguir adelante.

—Tengo que detenerme… —musitó, jadeante—. Ya no puedo más… Las fuerzas me abandonan…

—Haga un esfuerzo más, señor —le rogó Richard—. Muy cerca está ya el viejo molino.

Si llegamos hasta allí, Florinda le dará algo para reanimarle…

Consiguieron llegar, si bien a duras penas. Y una vez allí, lo que había dicho Richard, a Florinda le faltó tiempo para prepararle una bebida estimulante.

—Es una pócima milagrosa —sonrió la chica, mientras la ponía al alcance de los trémulos labios de lord Morggine—. Mi madre curó con esto a muchas personas.

Lord Morggine se reanimó al haber ingerido aquel líquido, de un tono verde fuerte. Y entonces, ya con fuerzas renovadas dentro de él, se fijó más y mejor en la muchacha que le atendía solícitamente.

—Eres Florinda, ¿eh? —preguntó.

—Su humilde servidora —respondió, con respeto—. Sí, soy Florinda, lord Morggine…

—Hace muchos años que no te veía, entonces eras sólo una niña. A tu madre sí la conocía bastante. Yo siempre la tuve en estima, pero de ella la gente decía cosas raras…

—Decían que era una bruja —repuso Florinda, con un gesto tosco, desabrido—, pero no lo era… Pero tenía talento y sabía aprovecharlo… Curaba males, prevenía desgracias… Pero una bruja no lo era —y sin más—: Yo nunca la vi volar sobre ninguna escoba.

—Ya me imagino que no —sonrió lord Morggine, posiblemente suponiendo que la muchacha había querido decir algo gracioso, puede que fuera así—. En fin, yo a quien he oído hablar de ti es a mi hijo Edward.

—¿Sí? —inquirió Florinda haciendo un gesto de mal humor, de contrariedad.

—Sí. Dice que eres muy guapa, muy atractiva.

—No le haga caso, es un solemne bobo… ¡Oh, perdón, lord Morggine, no he querido decir eso…! —se disculpó sofocadamente, sin duda a pesar de lo tosca, vulgar y analfabeta que era, acababa de comprender que había hablado más de la cuenta.

—No tiene importancia… —lord Morggine quiso evitarle un mayor sofoco. Y acto seguido le preguntó algo que necesitaba, que le urgía saber—. Dime, ¿qué sabes tú del castillo de los jorobados?

—Yo de eso sé poco. Sólo sé lo que decía mi madre.

—¿Qué decía? —preguntó.

—Nada de particular, señor. Bueno, hablaba de la leyenda —lo dijo con naturalidad, como si tal cosa.

—¿Qué leyenda? —volvió a preguntar, pero esta vez estremeciéndose al solo recuerdo de aquella que había inventado su sirviente.

—Decía… —explicó Florinda— que sus últimos moradores fueron todos ellos muy desgraciados en amores, tal vez debido a la deformidad de sus espaldas, pues todos ellos eran jorobados. Decía que cierto día, sin saberse el cómo ni el porqué, desaparecieron del castillo. Pero dejaron escrito en un pergamino éstas o parecidas palabras: «Bajo este techo y sobre este suelo, siempre triunfará el bien y fracasará el mal». Por lo que a partir de aquella fecha, los caballeros de entonces solían ir allí a batirse… El que tenía la razón, preferentemente si era menos diestro que su contrincante en el manejo de las armas, pedía que fuera aquél el campo del honor…

Se asegura que, en efecto, siempre venció el que lo merecía.

—¡Ah!, ¿es ésta la leyenda?

—Sí, lord Morggine. ¿Se suponía algo distinto…? No, no… —y añadió—: Lo contaba así mi madre y mi madre lo sabía todo. Pregunte a quien sea de por aquellos alrededores, y ya verá cómo unánimemente le refieren lo mismo.

—No me hace falta preguntar a nadie más, Florinda. Me bastan tus palabras.

—Pero yo encuentro tonta esa leyenda —la muchacha se encogió de hombros, en ademán sumamente displicente—. En fin, de eso hace ya muchos cientos y cientos de años. Su verdad o su mentira se pierde en la oscura noche de los tiempos.

Poco rato después, lord Morggine se alejaba del viejo molino y de la muchacha, actualmente su única propietaria. Si es que, en realidad, podía considerarse una propiedad aquel viejo y destartalado molino.

Lord Morggine seguía apoyándose en su sirviente Richard. Estaba muy pálido.

—Señor… —murmuró Richard, quejosamente—, ¿voy a merecer algún día su perdón…? ¡Qué miserable me siento!

—Has sido sincero conmigo, Richard. Bien mirado, absoluta y descarnadamente sincero. Creo… que te he perdonado ya —y como le viera caer de rodillas a sus pies—: Seguirás a mi lado, Richard. Hasta el fin de mis días. Y ahora levántate… Y sigue ofreciéndome tu brazo… Lo sigo necesitando…

CAPÍTULO VII

Nadja entró de puntillas en el dormitorio de su madre, cuya respiración era fatigosa.

Pero dormía, y eso era algo importante para el estado de la enferma, pues había pasado tres días consecutivos sin conseguir conciliar el sueño.

No obstante, así que la muchacha estuvo junto al borde del lecho, pareció presentir su presencia, y entreabrió los ojos.

—Hija… —murmuró, dilatando los labios en lo que quiso que fuera una sonrisa.

—Mamá… Lamento haberte despertado. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, Nadja. No te preocupes por mí —y viendo la expresión de su hija—. ¿Quieres decirme algo…?

—Sí, mamá… —respondió tras un titubeo—. Sí…

—Pues dímelo.

—Es que… —vaciló.

—¿Tan difícil es de decir? —Pero lo cierto es que le asustaba su posible sinceridad, pues adivinaba de qué se trataba.

—Mamá, te prometí no hablar más de eso… Además, éste no es, lo sé, el momento más idóneo de hacerlo… Sin embargo, me resulta imposible seguir callando. Créeme, mamá —su angustia era infinita—, no puedo seguir callando… Esto es más fuerte que yo misma…

—¡Sí! ¡Sí, debes callar! —exclamó *lady* Morggine—. ¡Debes hacerlo! Sería horrible que ahora echaras por tierra el trabajo de tanto tiempo… Debes encubrirme y a la vez encubrirte a ti misma…

—Antes era diferente, mamá —se lo confesó con lágrimas en los ojos—, me sentía una niña… Ahora es distinto, me siento, soy toda una mujer… He cumplido ya diecisiete años… ¡No soy capaz de soportar más este tormento! ¡No, una y mil veces no! ¡Prefiero la muerte…!

—Calla, hija mía, y no pronuncies esa palabra —su expresión

era enajenada—. La palabra muerte debes descartarla de tu pensamiento… Eres joven, muy joven, tú misma lo has dicho, y tienes derecho a…

—¿A qué, mamá —se lamentó Nadja—, si yo misma, cobardemente, me lo niego todo?

—¡No me desobedezcas! ¡No, Nadja! —De pronto se puso a gritar como si su enfermedad no fuera otra que la demencia—. ¡Prométeme que no lo harás! ¡Por el mucho cariño que yo te tengo! ¡Yo, Nadja, que soy tu madre!

Se llevaba las manos al corazón, en inequívoco gesto de dolor, de angustia, de opresión.

Nadja sintió finalmente una congoja inmensa, que le inundaba el pecho y le subía por la garganta, pero no conseguía perderse por la boca. Una congoja y una pena inmensa hacia esa madre que en su vida había sufrido tan indeciblemente.

—Cálmate, mamá —acabó diciendo—. Callaré… Seguiré callando… —y se puso a llorar silenciosamente.

Ya tranquila al respecto, *lady* Morggine volvió a conciliar el sueño. Aunque la verdad es que se hallaba tan extenuada, tan quebrantada física y espiritualmente, que su sueño fue más bien una pura y lamentable postración.

Al salir del dormitorio, Nadja se vio detenida por la voz de Frank, su hermano mayor.

—No estoy de humor, Goldie, déjame.

Tales palabras no iban dirigidas a ella, sino, claro está, a Goldie, su legítima esposa, con la que se había casado muy enamorado.

Goldie se hallaba en el pasillo, junto a Frank, que al parecer tenía deseos de acabar sin más la conversación.

Pero Goldie no debía opinar lo mismo, así que sin vacilaciones le respondió:

—Entremos en nuestra habitación y hablemos… A ti te pasa algo, Frank, y quiero saber lo que es.

—Bien, si insistes… —aceptó éste.

La puerta del dormitorio conyugal se cerró tras ellos, y Nadja se quedó donde estaba, quieta, a medio salir de la habitación de su madre, con la mano puesta en el pomo, sin saber exactamente qué pensar.

Pero pensó que, si ciertamente quería estar enterada de algo,

nada mejor que escuchar a través de la puerta. Desde luego no resultaba muy ético. Pero la ocasión era única.

* * *

Las palabras se hicieron duras al poco de empezar, pues, ya puesto a hablar claro, a Frank le faltó tiempo para echar en cara a su esposa lo indecente y desvergonzada que era —había sorprendido su conversación con Laurence Hawn— y Goldie al verse descubierta se engalló como una mala ave de corral y entonces ofendió y menospreció a su marido. Y lo hizo de tal forma, de tal modo, que ciertamente más irónica, cruel y perversa no pudo mostrarse.

—No me supongas un pobre tonto —dijo Frank, poco después—, que pasado el primer arrebato de celos haya de perdonártelo todo… No, Goldie, por más enamorado que estuviera de ti, tu falsía ha destruido…

—¿Pues qué te imaginabas, insensato —soltó una carcajada. Hiriente como el filo de un arma mortal—, que yo te correspondía? No soy ninguna necia —y puntualizó—: De ti sólo me ha interesado y me sigue interesando tu fortuna, tu cuantiosa fortuna.

—Es una suerte que haya llegado a saberlo.

—Resulta un poco tarde, ¿no crees? —Una nueva carcajada hirió los oídos de Frank—. Soy ya, ante Dios y los hombres, tu legítima esposa.

—Conseguiré —dijo Frank, con rabia, con coraje— que no vaya a parar a tus manos ni una sola libra de los Morggine. Ni una sola, entiéndelo bien.

—No acierto a imaginar cómo puedas conseguir semejante cosa —repuso Goldie, sin alterarse en absoluto, pero con un brillo frío, metálico, en la expresión de sus ojos.

—Ya lo verás —era la suya una dura e incisiva amenaza—. Pero desde este momento, dalo por hecho. Ni una sola libra. ¡Ni una sola!

—Lo que tú más deseas —Goldie seguía inmutable— es tener un nuevo hijo. Un hijo legítimo, que calme todos tus anhelos paternales, anhelos que han truncado esas dos muertes horribles…

Así que, en consecuencia, no puedes dejarme a un lado… Ni aun sabiendo que siento amor por otro hombre, ni aun sabiendo que de ti sólo me interesa el dinero. Date cuenta, mi pobre e infeliz Frank, las riendas siguen en mis manos.

—Tienes un cinismo escalofriante.

CAPÍTULO VIII

Nadja no quiso oír más.

Lo oído hasta entonces era suficiente, más que suficiente. Por desgracia.

Y echó a correr escaleras abajo, en un angustioso y desenfrenado afán, no sólo de huir de los ecos de aquella conversación, sino de todos los temores y maleficios que se existían cruelmente sobre los que habitaban aquella mansión.

Y así, corriendo, salió de la casa, y asimismo de su parque-jardín, perdiéndose por el campo lejos, muy lejos de todo aquello.

Pero la distancia no le hizo recobrar la calma, ya que su inquietud, en todos los sentidos, era demasiado honda para que de un modo tan sencillo se mitigase.

Por el contrario, así que se hubo alejado de su familia, se sintió en peligro. Fue la suya, empero, una sensación imperceptible. Que pese a todo se le fue calando por los poros, hasta que le hizo sentir un frío desagradable.

Entonces miró a su alrededor, pero no vio nada de particular. ¿Qué esperaba ver…? No, nada, claro.

Bastante cerca estaba el lago. Más allá el viejo molino. Tras éste, la silueta compacta y oscura del bosque.

Y más allá, estaría el castillo de los jorobados.

El día era claro. Por lo menos para los que estaban acostumbrados a vivir en aquel lugar. Lugar donde de ordinario predominaba la niebla, la bruma y el frío.

Que el día fuera agradable, hizo que Nadja dejara de sentir aquel extraño malestar, y que se esforzara por respirar hondo, a gusto, como si en realidad no sucediera nada.

Pero lo cierto es que no se calmó hasta que vio acercarse, por los linderos de la carretera, a Laurence Hawn. Iba en un carruaje, que hizo parar al acto así que reparó en ella. Pagó al cochero y le

despidió.

Sus ademanes eran rápidos, desenvueltos, por lo que Nadja le vio moverse entre un airoso revuelo de su *macferlán* oscuro, elegante.

—¡Qué encuentro más casual! —Fue el regocijado saludo del joven doctor.

—¡Oh, sí! —Ella también se había alegrado del encuentro, no cabía la menor duda de ello a juzgar por el brillo ilusionado y feliz de sus preciosas ojos.

—Bueno, la verdad es… —y Laurence Hawn sonrió con simpatía, concluyendo—. La verdad es… que venía a hablar con usted, señorita Morggine.

—¿Sí…? —Se sorprendió la muchacha.

—Sí —afirmó, y ya con la expresión seria, grave—: Creo inevitable el hacerlo.

—Usted dirá, doctor. ¿Se trata de mi madre?

—No —respondió—. Se trata de usted misma.

—¿De mí…?

—Sí —afirmó de nuevo, esta vez aún con mayor firmeza—. Considero absurdo e inconcebible lo que está haciendo…

—¿Qué es lo que hago? —preguntó Nadja—. No le comprendo a usted, doctor.

Laurence Hawn se acercó más a la muchacha, cogiendo entre las suyas las finas y delicadas manos de la muchacha.

—¿Por qué no te atreves, Nadja —el tuteo y la pregunta brotaron de un modo conjunto e inevitable—, a convertirte en la muchacha más hermosa y perfecta de Inglaterra? Podrías hacerlo. Te bastaría proponértelo.

—¿Por qué dice esto…? —Se sonrojó violentamente—. ¿Intenta burlarse de mí…? Usted sabe perfectamente, doctor…

—Sí, soy doctor —la había interrumpido— y precisamente por eso, Nadja, a mí no puedes engañarme…

—¿Engañarle? —Y se hizo más intenso su sonrojo.

—Sí, eso he dicho —y de pronto sentenció, rotundo, categórico, tajante—: ¡Porque esa joroba que afea tu espalda es falsa! ¡Falsa, Nadja! ¡Tu columna vertebral no sufre ninguna desviación, ninguna deformidad…! ¡Santo Dios! —barbotó—. ¿Cómo es posible que estés tan ridículamente obsesionada con esa maldición de los

demonios…? ¡Resulta inadmisible!

—Doctor Hawn… —sollozó la muchacha.

—¿Qué pretendes? —inquirió—. ¿Engañar al destino, a las fuerzas ocultas y poderosas que alzaron esa maldición sobre los Morggine? ¡Demonios de maldición! ¡Que no estamos ya en tiempos de creer en esas cosas…!

CAPÍTULO IX

Tras la violenta discusión con su esposa, Frank Morggine se quedó solo en el dormitorio, que era una pieza amplia, confortable, con un espléndido ventanal orientado hacia el lago.

Un lago que ahora apenas se vislumbraba, pues la niebla, casi de súbito, lo había envuelto todo como en un triste sudario.

Goldie se había marchado dando un furibundo golpetazo a la puerta.

Frank permaneció un rato con la respiración cortada, sintiéndose angustiosamente sofocado.

Pensó que se calmaría, ya que la disputa había dado fin, pero el sofoco no cedía en intensidad, y finalmente optó por echarse sobre la cama. Un poco de sosiego le calmaría, le haría bien. Lo cierto es que se sentía con los nervios a punto de estallar.

Pero el estar echado no le calmó, por lo que decidió dejar el dormitorio y bajar a la biblioteca, pues era allí donde tenía su *brandy* favorito. Un licor fuerte, del que un par de tragos sin duda le sentarían magníficamente.

Sí, necesitaba un par de tragos. Tal vez algo más que eso.

Pero no quería encontrarse con Nadja, ni con su hermano Edward, ni tampoco con su padre. En su madre no pensaba, pues sabía que desde hacía días permanecía constantemente en el lecho.

No, no quería encontrarles. Sabía que, de suceder tal cosa, en seguida verían en su rostro que acababa de sucederle algo grave, gravísimo. Y no se sentía con ganas de dar explicaciones a nadie, ni siquiera a ellos.

Así que, antes de bajar al dormitorio, tomó sus precauciones. Se aseguró de que no se oyeran pisadas de nadie.

Pudo refugiarse en la biblioteca, en efecto, sin que repararan en su presencia.

Consiguió pasar enteramente inadvertido. Ya que él suponía que

era para bien.

Cerró la puerta sin hacer ruido, y acto seguido se dirigió hacia la botella de *brandy*.

Se sirvió una buena copa.

La bebió de un solo trago. Como solía hacer siempre que, por uno u otro motivo, se sentía alterado.

Apenas tardó unos segundos en darse cuenta…

El licor aquel tenía un gusto extraño. Pero ya éste había sido ingerido.

Miró receloso la botella. A través del cristal no se apercibía nada anormal.

Pero el licor ardía endemoniadamente dentro de su cuerpo, y su primer pensamiento fue Goldie.

—Arpía… Venenosa arpía… —murmuró—. ¿Quieres quitarme de en medio antes de que actúe contra ti…?

Daba ya por seguro que aquel licor contenía un veneno. Un fulminante veneno, que le haría caer redondo.

Pero el licor ingerido dejó de arder. Sin embargo, no pudo sentirse aliviado. Le había quedado una debilidad tal, una postración tan absoluta, que en realidad apenas podía mover los miembros. Cada vez los movía con mayor dificultad. Ya casi, ciertamente, ni podía moverlos.

—¿Qué me sucede…? —se preguntó a sí mismo—. Es como si me estuviera quedando paralizado.

Se dejó caer en el sofá, que era el asiento que encontró más cerca de él, y fue entonces, sólo entonces, cuando se dio cuenta de que allí dentro, hasta entonces oculta tras una cortina, había una persona.

Supo que era el asesino así que la vio aparecer llevando en su mano derecha algo así a un manojo de cinco hierros curvados, muy afilados en la punta. Algo que resultaba una visión, qué duda cabe, tan significativa como demoníaca.

—¿A qué vienes…? —inquirió.

O quiso inquirir. Porque también la voz se le estaba paralizando, así que apenas salió de su garganta. Fue sólo un lamentable gorgojeo apenas audible.

—Soy el águila amaestrada —dijo la persona aludida—. O mejor dicho, esta vez voy a hacer ver que lo soy… Así no habrá criminal a

quien imputar culpa alguna…

—Yo…, yo… —musitó Frank, pero las cuerdas bucales no le respondían.

Ni le respondían las piernas, incapaces de enderezarse y ponerse en pie. Ni los brazos, que caían exangües a lo largo del cuerpo.

Todo él era un fardo casi inanimado, que esperaba su final sólo acertando a dar muestras de terror. De un terror que le salía por los ojos, desorbitando sus pupilas hasta desencajarlas con fuerza, con tanta fuerza que, rasgada la córnea visual, hasta la sangre brotaba.

—Estos hierros me servirán… —volvió a decir aquella voz—. Las heridas parecerán las que dejan las garras de las aves de presa…

Y sin más se lanzó furiosamente sobre aquel cuerpo, que no acertaba a moverse, menos aún, pues, a defenderse.

Y con saña espeluznante, diabólica, clavó y rasgó una y otra vez la carne de Frank Morggine. En el cuello principalmente. Y en el pecho, a la izquierda, donde latía aceleradamente el corazón.

Frank Morggine seguía como paralizado. Soportando espantado, horrorizado, aterrorizado, aquella carnicería. Soportando, sin poder hacer nada, aquel dolor que resultaba insufrible.

Y los cinco hierros curvados, garfios terriblemente afilados, seguían su macabra tarea…

La sangre surgía a borbotones como en una rapsodia alucinante y dantesca.

Hasta que Frank Morggine, huyéndole la vida por aquellas incisivas, profundas y pavorosas heridas, cayó desplomado al suelo.

Pero aún vivía, aún latía su corazón, y los garfios de hierro, inflexibles, inapelables, siguieron cebándose en él. Con la misma saña espeluznante y diabólica de los primeros momentos.

Finalmente, Frank Morggine dejó de respirar.

Había muerto.

Entonces, la persona intrusa se dirigió al ventanal y lo entreabrió…

CAPÍTULO X

Cuando Nadja regresó a su casa y se enteró de lo que había sucedido, por un momento creyó que no iba a poder superar tanto espanto, tanto horror.

—Una vez más ha sido el águila… —comentaba la servidumbre —. Son las mismas señales de siempre… Ha debido entrar por el ventanal… Estaba casualmente entreabierto…

Nadja se había echado a llorar desgarradoramente pues siempre había querido mucho a su hermano mayor. Además, ¡todo aquello resultaba tan alucinante! ¡Sobrecogía pavorosamente el espíritu!

Laurence Hawn la había acompañado hasta allí. Al verla llorar de aquel modo, se esforzó por infundirle ánimos. Ciertamente lo estaba necesitando.

Pero a Nadja le resultaba imposible sobreponerse, quizá porque no terminaba de asimilar lo sucedido.

Al poco de haber examinado el cadáver del primogénito de lord Morggine, Laurence dijo:

—Estas heridas no han sido producidas por las garras de un águila… Mucho tendría que equivocarme… Por algo muy parecido, sí…

Pero habló en estos términos cuando se encontró a solas con Nadja. No antes. Hacerlo le hubiera parecido una insensata temeridad. A él le constaba que el culpable no andaba lejos.

—¿Entonces…? —preguntó la muchacha, estremecida.

Pero fue ella la que volvió a hablar. En esta ocasión explicando a Laurence Hawn la conversación que había escuchado a través de la puerta.

—Sospechas de Goldie, ¿no es eso? —Quiso saber el joven doctor.

—No sé… Me limito a poner en su conocimiento los hechos… —y de un modo tímido, medroso—: Como usted siempre dice que

cuanto nos sucede no tiene nada que ver con la maldición…

—¡Claro que no! —barbotó.

—Pero…

—Debieras comprenderlo, tú y los de tu familia. ¿No quedó bastante demostrado con la muerte de la niña, que alguien, más efectivo y tangible que un simple esqueleto, guía los instintos malévolos que os destruyen…?

—Una vez más no le entiendo, doctor Hawn.

—El águila entró por el vacío que dejaba un cristal roto… Antes no estaba roto… Dentro de la biblioteca se encontraron varias piedras… Se deduce como inevitable, pues, que alguien desde el exterior… Pero ese alguien no es un jorobado que murió hace ya siglos… ¿O aquí vamos a acabar todos completamente desquiciados?

No prosiguieron hablando, porque de un modo inesperado se presentó Goldie. A quien, indudablemente, no le había afectado en absoluto la muerte de su marido.

Al poco, asimismo, se presentó Edward. Éste pidió a su hermana que fuera a ver a su madre, la cual se sentía muy agitada. Estaba empeñada en dejar el lecho y en lanzarse escaleras abajo. Parecía presentir la nueva desgracia que había sucedido.

Nadja se apresuró a obedecer a su hermano, y éste a su vez, al poco, se fue de nuevo junto a su padre, que gemía desesperado junto al cadáver de su hijo salvajemente asesinado.

En consecuencia, Laurence Hawn se quedó a solas con la joven viuda.

—¿Qué opinas tú, Goldie?

La pregunta no se había hecho esperar.

—¿De qué, Laurence?

—¿De qué va a ser? De la muerte de tu marido. ¿Quién crees tú que ha podido ser?

—El águila —su voz no vaciló—. Lo mismo que las otras veces.

—Un águila amaestrada, ¿verdad?

—Sí.

—¿Amaestrada por quién…?

—Todos los de esta casa creen en una maldición…

—Pero tú —Laurence la atajó— no crees en tonterías. Tú de tonta no tienes nada.

—En efecto —asintió—, no creo en eso…

—Entonces, ¿qué crees? Algo has de creer.

—Sí, claro —admitió.

—Dime lo que sea.

—¿Es una orden? —Torció la boca en gesto agrio. Y añadió—: Que yo sepa, tú no eres de la policía.

—Pero puedes contestarme como si lo fuera. Bien mirado, la policía no tardará en llegar.

—¿Quién la ha llamado?

—Si no la llama nadie, lo haré yo. ¡Ya está bien de creer en cosas raras!

—Bueno, te responderé… —su gesto agrio se suavizó un tanto—. Creo que alguien nos odia y que pretende destruir a toda la familia. Y ese alguien esconde su personalidad tras el vuelo rápido de un águila real, ferozmente amaestrada… Será, en definitiva, muy difícil desenmascarar al culpable… Yo, sin embargo, confío en hacerlo… Ha matado a mis dos hijos y eso no lo perdono… Pero confío más en mí, que en la propia policía… Aunque ahora —sonrió— honestamente debo reconocer que esa persona me ha hecho un buen trabajo… Frank sobraba en mi vida…

—Es horrible lo que dices, Goldie.

—No obstante, es cierto —volvió a sonreír—. Lo malo será que ahora me toque a mí… Pero no, yo sabré tomar precauciones, defenderme… Además, me consta que tú vas a ayudarme. ¿No es cierto, Laurence? Últimamente te veo mucho por aquí, y eso sin duda significa algo favorable para mí…

Hubo intención en estas últimas palabras.

—Soy el médico de *lady* Morggine, pareces olvidarlo.

—Creo que vienes por algo más.

—Pues bien, sí —asintió. Y reconoció—: Vengo por Nadja. Estoy enamorado de ella.

Goldie respingó. Lo mismo que si hubiera recibido un latigazo en mitad del cuerpo.

* * *

Richard había conseguido la autorización de su señor para ir a

Saberssy y para poner en conocimiento del comisario Mittson todo lo que por más tiempo ya no resultaba sensato callar.

Decidió salir cuanto antes.

Pero se sintió estremecer al ver lo intensa que era la niebla aquel atardecer. Un atardecer que se convertiría en noche cerrada antes de que transcurriera media hora. Se veía venir.

Pero la niebla nunca le había asustado. ¿Por qué, pues, le asustaba ahora?

Sin duda porque él sabía, mejor que nadie, que los jorobados del castillo no tenían la culpa de nada, que descansaban la paz eterna, simplemente eso. En definitiva, pues, el águila era guiada en sus fieras y mortales acometidas por un ser auténticamente viviente…

Pero ¿por quién?

Eso lo ignoraba. Desgraciadamente lo ignoraba, le hubiera gustado poder tender una mano a lord y *lady* Morggine. A quien tanto sufrimiento había inferido. A quienes tanto daño había hecho.

A medio camino del sendero que conducía a la verja, a Richard le pareció percibir un ruido. Un ruido que le entró por los oídos y se le quedó metido en la sangre, en las venas.

Había llegado desde un lugar del parque-jardín, pero éste era amplio, así que costaba concretar desde dónde, exactamente, se había dejado oír.

Richard se sintió receloso, y prefirió seguir adelante. ¿Acaso no era lo más razonable después de todos aquellos terribles e incomprensibles acontecimientos?

Pero se detuvo al oír la voz.

—Soy yo… No te asustes…

—¡Ah! —respiró con alivio, al ver de quién se trataba.

Se acercó a esa persona. Al mismo tiempo que ésta se acercaba a él.

Pensaba que nada malo podía sucederle. ¿Qué iba a poder sucederle si conocía de sobra a quien tenía delante?

Pero se equivocó del modo más lamentable, terrible y fatídico.

Así que estuvieron juntos, vio aparecer ante sus ojos un enorme cuchillo de cocina. Un cuchillo de recién afilada hoja, que antes de poder evitarlo cayó implacable sobre su pecho.

La hoja traspasó decididamente sus ropas, rasgó sin vacilaciones su piel y se hundió profundamente en su carne.

Un grito ahogado salió de su garganta. Sólo eso.

Y el enorme cuchillo de cocina, salió y volvió a incrustarse en su pecho.

Richard cayó, inundado de sangre, sobre la grava del sendero, donde por tercera, cuarta y quinta vez, el cuchillo se cebó en él.

—¡Ayuda…! —Intentó gritar, a la desesperada.

Pero sólo lo intentó. La voz le salió rota, quebrantada, por algo que atenazaba su garganta. Algo que impidió que sus cuerdas vocales respondieran con la potencia deseada.

Y ya era tarde para un nuevo intento. El enorme cuchillo de cocina se hundía en su pecho por sexta vez. En esta ocasión le llegaba implacablemente hasta el corazón, atravesándoselo de parte a parte.

Una cuchillada mortal de necesidad.

CAPÍTULO XI

Lady Morggine se agitaba en el lecho. La frente le ardía cada vez más. Decía incoherencias.

—Con lo que acabo de darle —dijo Laurence Hawn— pronto se sentirá mejor. No hay por qué preocuparse.

Miró a Nadja, que permanecía junto al lecho con los ojos llenos de lágrimas.

Edward permanecía también allí, si bien un par de pasos más atrás. Lord Morggine se hallaba junto a la puerta. En un lugar aparte, se alzaba la silueta de Goldie.

En cuanto a la luz rosácea del globo del quinqué, apenas daba claridad. Ciertamente la penumbra se adueñaba de la habitación.

Laurence Hawn pensó que no tardaría en llegar el comisario Mittson. Lo estaba deseando.

Pero ¿acaso no tardaba ya demasiado en llegar…? ¿Cuánto hacia que el mayordomo había salido hacia Saberssy…?

Contrajo el gesto, pero no dijo nada al respecto.

—Frank… Frank… —musitó en eso la enferma.

Había abierto los ojos. Ahora intentaba incorporarse, sin duda pretendiendo ver mejor a todos y cada uno de los que se hallaban en la estancia.

—¿Qué tal estás, mamá? —Nadja se había acercado más a ella.

—¿Y Frank…? —preguntó—. ¿Dónde está Frank…? No le veo aquí. Quiero verle.

—Ha salido, mamá —mintió piadosamente Nadja. De sobra sabía ella, y los demás, que era imposible decirle la verdad. Hacerlo hubiera significado dar la puntilla a aquel dolorido y atormentado corazón, que se mostraba ya tan reacio a seguir latiendo—. No creo que tarde en regresar.

—¿Adónde ha ido? —Quiso saber la enferma.

—A Saberssy —dijo Nadja.

—¿Para qué? —volvió a preguntar.

—Para… para solventar unos asuntos con nuestro abogado —improvisó la muchacha, tras una brevísima vacilación—. Según me ha dicho, nada de importancia. A la hora de la cena estará aquí.

—Temo que pueda sucederle algo malo… —*lady* Morggine empezó a agitarse de nuevo—. Presiento no sé qué…

—Por favor… —Lord Morggine se había acercado también al borde del lecho— no te inquietes así. Sabes que no te conviene.

—Sí, lo sé —admitió— pero todo hace que me sienta cada vez peor. Incluso tu silencio.

—¿Mi silencio? —inquirió lord Morggine.

—Sí, sí. Fuiste al castillo, ¿verdad? Pues desde entonces apenas me has hablado y debieras haberlo hecho, explicándome lo que sucedió…

—No sucedió nada.

—No puedo creerlo.

—Sí, te lo aseguro. Nada absolutamente. Sólo que… —lo dijo muy bajo, tanto que sus palabras casi fueron un susurro— sólo que… al regreso, la muchacha del viejo molino me explicó la verdadera leyenda del castillo.

—¿La verdadera? —No comprendía el significado de lo que acababa de oír.

—Sí… Porque la otra leyenda, en la que tú y yo hemos creído durante tantos y tantos años, es falsa…

—¿Falsa? —Hizo un gesto de incomprensión—. No, no puede serlo. Tú sabes que en nuestros hijos se cumplió implacablemente…

Pero abatida por el esfuerzo realizado, *lady* Morggine cayó exhausta sobre las almohadas.

—Es mejor que repose, que dejen para otro momento esta conversación —dijo el joven doctor—. Le conviene tranquilizarse, esto ante todo. Por su propio bien.

—Luego seguiremos hablando —repuso lord Morggine, inclinándose sobre su esposa—. Ahora debes descansar un poco.

—Sí… —musitó.

Y cerró mansamente los ojos.

Pareció obedecer.

CAPÍTULO XII

—De momento no creo que el corazón de tu madre corra ningún peligro, Nadja —el doctor y la muchacha se hallaban a solas, en la biblioteca de la casa—, pero con la excusa de permanecer pendiente de ella, no voy a moverme de aquí. Quiero estar a tu lado en estos críticos momentos.

—Se lo agradezco mucho —su voz fue dulcísima.

—Además —puntualizó Laurence Hawn— el comisario Mittson debiera estar aquí hace ya rato. Temo que…

—¿Qué?

—Que Richard, el mayordomo, no haya llegado a Saberssy. O que, dicho de una manera más clara y contundente, alguien le haya impedido llegar.

—¡No! —Se angustió la muchacha.

—Sí, Nadja, debemos imaginar lo peor… De ser así —resumió— se desprende que al asesino le interesa que esta noche *alguien más* permanezca indefenso en esta casa. Por si acaso *ese alguien* eres tú, Nadja, no pienso dejarte sola ni un instante.

—Gracias… Gracias… —de nuevo, con emoción, agradecía el interés que abierta y lealmente el joven le demostraba.

—Lo peor es que no sé de quién desconfío, aunque me consta, eso sí, que el peligro acecha. Tal vez —agregó— razonando con calma sobre todo este asunto, reflexionando con lógica y sensatez sobre todos y cada uno de los hechos acaecidos, se pudiera llegar a una deducción reveladora… Pero para eso hace falta tiempo…

—Tal vez —dijo Nadja— el comisario Mittson llegue de un momento a otro. Sería una buena baza a nuestro favor.

—Sí, en ese caso podríamos dar un suspiro de verdadero alivio, pero no creo que tengamos tanta suerte.

* * *

Edward había salido del dormitorio de su madre.

También Goldie había dejado la habitación.

Otro tanto había hecho lord Morggine.

La enferma había quedado reposando sosegadamente. Por lo menos esto era lo que parecía.

Pero así que se encontró sola, entreabrió los párpados, aunque poco a poco, pues le pesaban increíblemente, igual que si fueran de plomo.

Echó a un lado las ropas del lecho y sacó las piernas temblorosas de entre las sábanas.

Y seguidamente puso los pies descalzos sobre el suelo, incorporándose, no sin mucho esfuerzo.

Se decía para sí:

—A Frank ha debido sucederle algo malo… No quieren decírmelo, porque estoy enferma… Pero yo debo saberlo, es mi hijo… No hace mucho me ha parecido oír un grito en el jardín, no lejos del cenador… Debo ir a ver si allí está Frank… Alguien ha podido hacerle daño…

Sus primeros pasos fueron sencillamente tambaleantes, pero consiguió hacerlos bastante firmes y entonces se dirigió a la puerta que daba al pasillo.

El camisón blanco le llegaba hasta los tobillos y le daba apariencia de fantasma. A ello contribuía su rostro pálido, palidísimo, tanto, que más no lo hubiera estado aunque se hallase muerta.

Abrió lentamente la puerta. Quería salir de la habitación y de la casa después, sin ser vista. Si se daban cuenta de lo que pretendía, le harían volver a la cama. Seguro. Les conocía.

El pasillo se hallaba escasamente iluminado, así como la ancha escalera.

Pero esto no constituía un problema, era un camino que hubiera podido hacer con los ojos cerrados.

Lo peor era que las fuerzas le faltaban, y que veía luz a través de la puerta de la biblioteca, detalle que indicaba la presencia de alguien allí dentro.

Sin embargo, apoyándose con ambas manos en la barandilla,

consiguió llegar abajo sin novedad, y por lo demás, con pasos cortos logró cruzar silenciosamente el vestíbulo, abrir la puerta y salir fuera.

Ya estaba en el parque-jardín, entre la oscuridad de la noche apenas rota por la escasa claridad que se escapaba de las ventanas de la mansión. Sólo entonces, al sentir un violento escalofrío, se dio cuenta de que no iba vestida y de que llevaba los pies descalzos.

Pero nada le importaba todo eso. Sólo le importaba su hijo Frank, por quien en aquellos momentos estaba sufriendo de un modo indecible.

Siguió adelante, clavándose en los pies la grava del sendero. Iba hacia el cenador…

Un alarido de horror salió de su garganta. ¡Allí había un hombre muerto! ¡Pero no, no era Frank! ¡Era Richard, el mayordomo!

Se hallaba entre un charco de sangre. Un charco que la tierra parecía tragar sedienta, golosa.

Las fuerzas terminaron de abandonarle y cayó desplomada.

Pero antes de quedar enteramente sin sentido, había de murmurar:

—Por ahí… Por ahí ha huido una sombra…

Estas palabras las oyó Goldie, que fue la primera en oír su grito y en llegar corriendo hacia allí.

Al poco llegó Nadja y Laurence Hawn. Éste se inclinó sobre Richard, percatándose, al acto, de que ya nada cabía hacer por él.

E instantes después llegaba lord Morggine y Edward, quien se apresuró a levantar en los brazos a su madre y llevársela dentro. Aunque apenas la tuvo junto a su pecho, se temió lo peor, que estuviera ya muerta.

Por desgracia no se equivocó. Su temor había de verse confirmado. Aquéllos habían sido los últimos instantes de aquella pobre y desventurada mujer.

Tras Edward se fueron el joven doctor y la muchacha.

No así Goldie, que se quedó mirando a través de la penumbra de la noche el arbolado del parque-jardín. Terminó musitando.

—Voy a buscarte, sombra… —pero sabía el riesgo que entrañaba su acción y no quiso pecar de imprudente, por lo que se agachó y recogió el enorme cuchillo de cocina, que estaba allí, seguía allí, inmóvil junto al cadáver del sirviente—. Quiero saber

quién eres… Mataste a mis dos hijos… Eso no lo perdona ninguna madre…

El cuchillo estaba inundado de sangre, por lo que el mango le resbaló entre la palma de la mano. Pero lo limpió con el borde de la falda. Debía empuñarlo con fuerza, con seguridad, por si acaso.

Durante los primeros minutos anduvo entre el arbolado sin que sucediera nada. Sin que viera a nadie.

Todo era silencio. Sólo oía sus propias palpitaciones, que le latían no sólo en el pecho, sino también en el cuello, en las sienes.

Pero de pronto la sombra que buscaba surgió ante ella. Había dado dos pasos hacia adelante. Iba decididamente a su encuentro.

—Soy yo a quien buscas…

Dijo esto al tiempo que, en un gesto veloz, rapidísimo, tendía un nudo corredizo alrededor del cuello de Goldie y empezaba a apretar con una furia realmente demoníaca.

Sin embargo, Goldie llevaba el cuchillo fuertemente sujeto y lo alzó, descargando su golpe con todas sus fuerzas.

Pero el golpe fue esquivado, así que el cuchillo sólo consiguió hacer un pequeño e insignificante rasguño.

El nudo corredizo se estrechaba por segundos, impulsado por una fuerza brutal. Goldie sentía un sofoco horrible. Y volvió a alzar la mano, con el cuchillo. Este nuevo golpe fue más afortunado, pues se clavó de pleno en la carne, pero por desgracia para Goldie en ningún lugar vital.

El nudo corredizo le estaba cortando el aliento, la respiración. Estaba ya conteniendo las palpitaciones de su corazón.

Aún, empero, consiguió gritar:

—¡Socorrooooo…!

CAPÍTULO XIII

—¿Has oído, Nadja?

—Sí, ha sido la voz de Goldie.

—Ha sonado fuera, en el jardín.

—Sí…

—¡Vamos!

Laurence Hawn y la muchacha corrieron, yendo rectamente hacia el cenador.

Allí habían dejado a Goldie y de allí, evidentemente, les había llegado aquella voz angustiosa, que pedía ayuda de un modo tan desesperado.

Apenas tardaron medio minuto en llegar hasta aquel lugar. Pero aquel medio minuto había sido fatídico para Goldie, pues su enemigo había podido más que ella.

Había muerto estrangulada. La lengua le colgaba fuera.

—¡Qué horror! —Nadja se tapó el rostro con las manos.

—El asesino no puede estar lejos —dijo Laurence Hawn, más efectivo y menos impresionable que la muchacha—. Hace unos segundos estaba aquí, estrechando más y más este nudo corredizo… ¡Hay que dar con él ahora mismo! ¡Esta oportunidad no podemos perderla! —Y reparando en unas pequeñas manchas que habían en el suelo, sobre la tierra—. Fíjate, Nadja, es sangre… Por lo visto Goldie ha conseguido herirle…

Las manchas de sangre les llevaron hasta la puerta de hierro de la verja, donde se perdían ya fuera de la mansión.

—Regresa con tu padre, Nadja, yo sigo adelante…

—Prefiero ir con usted —dijo ella, con firmeza. Y seguidamente rogó—: Por favor, vayamos juntos.

—Como quieras —aceptó el joven.

Sin más palabras se lanzaron en busca del asesino, siguiendo poco menos que como perros sabuesos la dirección que les trazaba

aquellas reveladoras manchas de sangre.

Pero la oscuridad y la niebla velaban y protegían, no sólo la sombra escurridiza del asesino, sino que también esas manchas de sangre que, cada vez más pequeñas, más difuminadas, acabaron finalmente por desaparecer ante sus ojos. Acabaron por quedar enteramente borradas.

—Ya todo es inútil —dijo Nadja, cerca ya de las riberas del lago.

—Prosigamos —animó Laurence Hawn— tal vez más adelante demos con algún indicio…

Así lo hicieron, pero todo fue en vano. Hasta que se vieron obligados a rendirse a la evidencia.

—Será mejor regresar —repuso la muchacha.

—Sí —dijo esta vez Laurence Hawn. Pero en eso vio más allá, entre la oscuridad y la niebla, la silueta del viejo molino, y cambió de idea—. No, sigamos adelante.

—Pero… —adujo ella.

—Llegaremos hasta el viejo molino, ya no está lejos. Tal vez Florinda haya visto huir a alguien…

—Es una buena idea —aceptó Nadja.

Pero la oscuridad y la niebla se iban haciendo más intensas, se agudizaban más, conforme más adelante iban, y llegó un momento en que Nadja tuvo miedo. Demasiado para poder disimularlo. Se detuvo, con un escalofrío recorriéndole el cuerpo arriba y abajo.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Estoy asustada —contestó ella.

—Vas a mi lado —le cogió una mano y no se la soltó—. Anda, continúa… No pasa nada…

Sintiendo su mano entre la de Laurence Hawn, a la muchacha le pareció ya todo mejor.

Encontró ánimos para seguir con la tarea que voluntariamente se habían impuesto.

Minutos después llegaban al molino, cuyos viejos perfiles, aún estando tan cerca, se perdían entre aquella niebla intensa, pegajosa, que parecía querer tragarlo todo.

Se acercaron a la puerta, viendo que se hallaba entreabierta. Como cosa de medio palmo.

Lo que indudablemente les sorprendió, pues no era hora propicia para que la entrada estuviera franqueada a todo aquel que pudiera

llegar hasta allí.

Iba Laurence Hawn a llamar con los nudillos, cuando, a la luz que les llegaba desde el interior, vio en el suelo, junto al mismo dintel unas manchas rojas.

—Sangre —murmuró.

—Sí… —se estremeció Nadja.

Laurence Hawn pudo detenerse, presintiendo el peligro que podía entrañar dar un paso más hacia adelante. Ya que si allí había sangre, es que allí había estado o estaba el asesino.

Pero no se detuvo, decidido a buscar y a encontrar la verdad donde fuera que ésta pudiera encontrarse. Sin sentirse amedrentado, porque por naturaleza era joven decidido y valiente.

Empujó la puerta sin hacer ruido, suavemente, haciendo todo lo posible para que su entrada pasara desapercibida.

Lo que consiguió, si bien sólo en parte, porque así que dio varios pasos en el amplio y destartalado interior, tenuemente iluminado por una vulgar lámpara de petróleo, oyó el ruido de un sordo revoloteo y un jadeo extraño.

Nadja se pegó a él, asustadísima.

Laurence Hawn, rápido, decidido, se volvió hacia el lugar en que había sonado aquella especie de jadeo entrecortado.

Entonces, en un extremo de aquel interior, vio una inmensa águila real, que desplegaba y abatía amenazadoramente sus alas. Les miraba a ellos dos con ojos inyectados en sangre, y entreabría el pico en un respirar baboso, sofocado e inquieto. Y sobre todo, mostraba amenazadoras sus garras curvadas, que eran como garfios…

Laurence se quedó unos instantes sin saber qué determinación tomar, desconcertado ante aquel hecho inesperado, inaudito, para el que, desde luego, no estaba preparado.

Oyó un leve gemido…

Dejó de mirar al águila, y volvió sus ojos hacia el suelo, hacia aquella oscura zona donde el quejido se había dejado sentir.

Vio allí a Florinda, echada sobre un montón de paja, con el vestido, a la altura del hombro derecho, lleno de sangre.

—Doctor Hawn —murmuró Florinda, apenas con un hilo de voz — acérquese y cúreme…

Laurence Hawn no necesitó más, ni tampoco Nadja para

comprender que era ella, la muchacha que vivía en el viejo molino, el asesino que estaban buscando. ¿Cómo no comprenderlo, si más claro ya no podía estar?

Pero no hizo falta que hablasen, que la acusaran. Ella misma lo confesó abiertamente.

—Sí, soy yo… ¡Yo! —gritó— que he quitado de en medio todo lo que me estorbaba.

Desde la penumbra de aquel lugar, refulgían siniestramente sus ojos, que ahora no eran hermosos, no eran bellos, parecían los de una enferma loca y desquiciada.

—Soy yo —repitió. Y sin más volvió a gritar, esta vez dando una orden—. ¡Cierra la puerta! ¡Ciérrala!

Había sido, sí, una orden terminante. Que el águila real acató sin demora. Alzó el vuelo, y con sus amplias alas empujó la puerta, cerrándola de un golpe.

—Está maravillosamente amaestrada —dijo Florinda, moviéndose sobre la paja, pero acusando un vivo dolor—. Es mi más entrañable amiga… Y ahora, haga lo que le he dicho, doctor Hawn… Cúreme…

Nadja seguía pegada al joven doctor, el cual, tras unos instantes de aparente indecisión, que en realidad lo fueron de reflexión, se acercó a la muchacha que yacía quejosamente sobre la paja.

—No es grave —dijo, tras observarle la herida—. Se curará en un par de días.

—Me sangra mucho… Me duele… ¡Cúreme!

CAPÍTULO XIV

Así que su herida estuvo debidamente atendida, Florinda se puso en pie.

Le seguía molestando la cuchillada de Goldie, pero el dolor era ya soportable. No pedía más. Bien mirado, era una suerte que el doctor Hawn se hubiera dejado caer por allí. A no ser por él, aquella herida le hubiera hecho pasar muy malos momentos.

Pero, por descontado, no tenía la intención de dejar con vida a su benefactor, ni a su linda acompañante. Los dos no saldrían con vida del viejo molino. Lo que no tuvo inconveniente en poner en conocimiento de los interesados.

—Algo así me presumía —dijo Laurence Hawn, sin perder los nervios—. Pero me falta saber cómo pretendes conseguirlo…

—De una manera muy sencilla —aclaró Florinda.

—Pareces olvidar —dijo él— que soy un hombre joven y fuerte, y que estoy dispuesto a enfrentarme con quien sea.

—Sí, claro. Pero yo cuento con un arma muy eficaz… —y miró significativamente al águila.

—¿De veras? —inquirió Laurence Hawn, queriendo hacerla hablar.

—Sí —afirmó. Y luego dijo—: Me ha costado años amaestrarla. Empezó mi madre y he continuado yo… Me obedece en todo y por todo. Por ejemplo —sonrió como si fuera un verdadero diablo. Posiblemente lo era— si yo ahora le ordenase que les sacara los ojos a los dos, en menos de un par de minutos mi deseo se vería cumplido. Si le ordenase que acabase con la vida de ambos, otro tanto…

—No me atrevo a llevarte la contraria, Florinda —repuso Laurence Hawn, que sentía más estremecido que nunca el cuerpo de Nadja junto al suyo—. Usas unos argumentos tan convincentes… Pero, bueno —seguía mostrándose valiente y sereno, esto no podía

ponerse en duda— ya que mi fin está próximo, y ya que en estas condiciones a ti no puede perjudicarte que yo lo sepa todo, te agradecería me explicaras…

—¿Qué quiere saber, doctor Hawn? —le había interrumpido—. ¿El motivo por el que he matado a seres inocentes, que ningún mal me habían hecho? ¿Es esto lo que quiere saber?

—Exactamente.

—No tengo inconveniente en explicárselo. Como usted bien ha dicho, en estas condiciones enteramente favorables para mí, ello no puede perjudicarme.

—Te agradezco que estés dispuesta a hablar. Siempre he sido un hombre curioso…

—Un defecto que frecuentemente se vuelve contra uno mismo. Como en este caso concreto, doctor Hawn, que le hubiera ido mucho mejor no meterse en asuntos que no le incumbían directamente.

—Puede que tengas razón.

—Otro tanto le digo a usted, señorita Morggine —por primera vez Florinda se dirigió a la muchacha—. Aunque su caso es distinto, enteramente distinto. De no meterse en esto el doctor Hawn, hubiera salvado la vida. Yo no tengo nada contra él. Su caso, como le decía, es distinto, señorita Morggine. Con usted hubiera acabado igualmente. De una forma o de otra, porque su persona me sobra… Como los dos niños, como Frank, que se anteponía en mi camino…

Acto seguido, Florinda empezó a explicarlo todo desde el principio. Con un perverso y malsano placer, regocijándose en cada uno de aquellos sucesos, que jalonaban siniestramente sus pequeños triunfos.

Nunca le había seducido la idea de casarse con un hombre pobre y seguir siendo pobre el resto de sus días. Odiaba el viejo molino, donde su madre fue considerada poco menos que una bruja.

Deseaba dinero, categoría, posición. Sin duda demasiado para una chica como ella, analfabeta, ruda, vulgar, que no podía hacer un buen papel en ninguna parte y de quien se burlaban los más sencillos muchachos de Saberssy. Si alguno la trataba bien, era porque quería pasar un rato distraído a su lado, por nada más.

Cierto día conoció a Edward Morggine, el segundo hijo varón del acaudalado y aristócrata lord Morggine, dueño de la mansión

que ella divisaba desde su viejo molino.

Edward se sintió interesado por ella desde el primer momento. Seguro que sería como los demás, que sólo pretendería divertirse a su costa, pero he aquí que inesperadamente surgió la sorpresa.

La agradable y casi increíble sorpresa, pues se trataba, ni más ni menos, de que Edward Morggine le propuso matrimonio.

Y se lo propuso formalmente sin que, a este respecto, a Florinda pudieran caberle dudas respecto a la sinceridad y honestidad de sus intenciones.

Cierto que se la comía con la mirada cada vez que la tenía delante, y que era una mirada que la desnudaba de un modo grosero, obsceno, y cierto asimismo que en más de una ocasión le había pedido lo indebido, pero no menos cierto que la propuesta de matrimonio terminó siendo formulada con todas las de la ley.

A Florinda no le gustaba nada la joroba de Edward Morggine, pero eso era lo de menos.

A ella le tenía sin cuidado como pudiera ser físicamente su marido. Lo único que consideraba básico, primordial, era encontrar al hombre que la encumbrara.

Pero Florinda no se apresuró a aceptar lo que Edward Morggine le proponía. Quiso antes pensárselo con calma, temerosa de precipitarse y dar un paso en falso. No obstante, se entregó a él una vez, para hacer que así se sintiera más y más enardecido con su amor.

¿Le aceptaría la familia? Resultaba muy problemático…

Lo pensó así en un principio, pero luego, cuantas más vueltas le dio al asunto, más se convenció de que no es que fuera simplemente problemático, sino que resultaba francamente improbable.

Siguió dándole vueltas a lo mismo y acabó obsesionándose con la idea de que todos, todos los de la familia, se opondrían férreamente a los deseos de Edward, hasta desanimarle y hacerle cambiar de parecer. En cuyo caso, sus sueños se vendrían abajo como un puente mal construido, y no resultaría fácil que otra oportunidad como aquélla se le pusiera por delante.

Complicó más la situación, el hecho de que, un día de aquellos, se encontrara con Goldie en Saberssy.

Goldie estaba ya casada con Frank Morggine. Se hallaba en el octavo mes de embarazo.

Circunstancia que Florinda consideró favorable, al ver que le caían varios paquetes al salir de una tienda. Corrió a su lado, recogiéndoselo todo con la mejor de sus sonrisas.

Pero lo que parecía ser una coyuntura favorable, resultó todo lo contrario, pues Goldie, en lugar de mostrarse agradecida por su gentileza, casi no se dignó mirarla. Se limitó a abrir su elegante bolso y a coger unos chelines, que dejó caer al suelo con el gesto más despreciativo del mundo.

A partir de aquel instante, a Florinda ya no le cupo la menor duda de que tendría tantos acérrimos e encarnizados enemigos, como persona habitaban la regia mansión de los Morggine.

Así pues, lord y *lady* Morggine, Frank, Nadja, lucharían contra ella. Contra ella que se sentiría indefensa sin poder luchar a la vez contra todos.

No, no debía aceptar a Edward. No podía precipitarse en aquello en ningún sentido.

Lo mejor era que, antes de aparecer en la vida de ellos, fuera eliminando enemigos. Sí, eso debía hacerlo antes de dejarse ver como futura esposa de Edward Morggine… De este modo nadie sospecharía de ella.

Así que, como Edward le había hablado en varias ocasiones de lo que años atrás le sucedió a su padre en el castillo, y de la terrible maldición que pesaba sobre ellos, pensó que aquella coyuntura en un principio le facilitaba mucho las cosas.

Empezaría por los gemelos. Por los dos niños que acababan de nacer, llenando de felicidad a sus padres. A Frank Morggine, porque había soñado una y mil veces con tener hijos sanos y normales, y a Goldie porque aquellas criaturas habían rubricado su triunfo como mujer acusadamente ambiciosa.

Para desembarazarse de los recién nacidos pensó en el águila. ¿No la tenía amaestrada…? ¿No hacía todo lo que ella le mandaba…?

Pues ningún sistema mejor. Sobre todo teniendo en cuenta que nadie sabía que aquella águila fuera de su propiedad. Menos aún, que su madre antes y ella después, la habían estado amaestrando.

Consiguió llevar a cabo las dos muertes. Ella tuvo que intervenir de cerca, pero sólo eso. El resto corrió a cargo de aquellas terribles garras, que se clavaban y desgarraban la carne con inusitada

facilidad.

La maldición de años atrás, cargó una vez más con las culpas de aquella pavorosa realidad. Y ella quedó tranquila, reflexionando cómo y de qué forma acabar con los demás.

Eso ya no resultaba tan fácil, pues se trataba de personas adultas.

Ahora bien, ¿no existía ya un culpable…? Sí, claro, el águila real.

Pues decidió hacer ver que el águila seguía sus mortíferos y despiadados ataques. De ello que se fabricara aquel manojo de cinco hierros curvados, muy afilados en su punta…

Sí, le salió bien la imitación. Lo malo fue que con uno de esos hierros se hirió en el brazo y tuvo que llamar al doctor Hawn, de Saberssy, para que fuera al molino a curarla.

Pero, bueno, lógicamente el joven doctor no tenía por qué sospechar nada, ni por qué deducir nada. Podía sentirse segura de los pasos que iba dando hacia su meta.

Su próxima víctima sería Frank Morggine. Sin embargo, ¿cómo acabar con él, por muchos hierros curvados e hirientes que esgrimiera…? Frank Morggine no se dejaría avasallar. Se defendería. Por descontado que sí. No cabía suponer otra cosa.

Entonces recordó que Edward le había hablado en una ocasión de un *brandy* que su hermano tenía en la mansión; así que pudiera, buscando una buena oportunidad no había de costarle, y agregar a aquel licor un brebaje que ella sabía hacer.

Se lo enseñó a componer su madre, y daba excelentes resultados siempre que por unos minutos se quisiera privar a alguien de las fuerzas, del movimiento.

Con unos pocos minutos le bastaría. Así que Frank Morggine no pudiera defenderse, ella se encargaría del resto. No le faltaría valor. Cualquier cosa por llegar adonde deseaba.

También esta vez consiguió cumplidamente lo que se proponía.

Y todo hubiera resultado perfecto, a no ser porque Richard, el mayordomo de la casa, se decidiera ir a Saberssy a pedir ayuda al comisario Mittson.

Pues ella, antes de que apareciera el comisario Mittson, tenía aún mucho trabajo por hacer. No podía dejar con vida a Nadja. Sobre todo a ella, debía eliminarla sin más demora. Y también a

Goldie, naturalmente.

Pero también arregló lo referente a la marcha de Richard a Saberssy. Cuando atravesaba el parque-jardín, le salió al encuentro. Como se conocían sobradamente, no se sorprendió de encontrarla y eso le dio ocasión a acercarse a él y a clavarle el cuchillo de cocina tantas veces como fuera preciso para que el final fuera el apetecido.

Después fue Goldie la que le siguió a ella por entre el arbolado, pero una cuerda arregló el asunto a satisfacción. Todo solucionado.

O mejor dicho, todo hubiera quedado verdaderamente solucionado, a no ser por culpa de Laurence Hawn y de la dulce Nadja, que le habían seguido infatigables hasta el viejo molino. Por lo menos habían acabado llegando hasta allí, descubriendo su verdadera personalidad.

Lo que era descubrir demasiado…

CAPÍTULO XV

—Todo explicado —concluyó Florinda.

—Y bien explicado —dijo Laurence—. Sólo que me extraña…

—¿Qué es lo que le extraña, doctor Hawn?

—Que una muchacha como tú —el joven doctor se permitió el lujo de esbozar una sonrisa— haya cometido el grave e irreparable error de…

Se interrumpió. A sabiendas. Con la premeditada intención de poner nerviosa a su interlocutora. Esto podía resultar beneficioso.

—¿De qué error me habla, doctor Hawn?

—Has confesado tus culpas, tus crímenes. ¿No comprendes que esa confesión basta y sobra para llevarte directa a la horca?

—Bastaría… —puntualizó— si usted, o la señorita Morggine, salieran con vida de aquí. Pero de aquí —mascullaba las sílabas, prietas y crispadas las mandíbulas— saldrán muertos. Saldrán camino de una fosa que yo abriré para los dos.

—A ese error precisamente me refería, Florinda —una nueva sonrisa apareció en la boca del hombre.

—No le entiendo, doctor Hawn.

—¿Cómo has podido suponer, que yo sea tan insensato, tan imbécil como para venir en persecución de un asesino sin nada con qué defenderme…? —De súbito, Laurence Hawn metió la mano en el bolsillo de su levita, sacando a relucir una pistola.

—¡Oh! —exclamó jubilosa Nadja.

Florinda dio un par de pasos hacia atrás, rabiosa la expresión de todo su rostro.

—Si das al águila la más pequeña orden —dijo Laurence— dispararé. Sin vacilaciones de ninguna clase, tenlo por seguro. Puedes hacer que nos ataque y nos elimine, pero el solo hecho de intentarlo te costaría la vida. Por si lo ignoras, Florinda, tengo una excelente puntería. No me costaría dejarte una bala alojada en el

corazón.

—¿Qué pretende, doctor Hawn? —preguntó Florinda, al librarse del primer desconcierto experimentado.

—Salir de aquí —fue la respuesta— y es lo que Nadja y yo vamos a hacer mientras tú permaneces quieta y calladita. ¿De acuerdo?

—¡No le servirá de nada huir…! —gritó Florinda, descompuesta en su incontrolado furor—. ¡Antes o después caerá en mi poder, doctor Hawn!

—Puede que sí… —admitió—, pero te aseguro que vamos a hacer todo lo posible por evitarlo.

El águila permanecía en su sitio, excitada, jadeando, con los ojos brillantes muy clavados en el doctor Hawn y en la muchacha.

En los ojos del pájaro de presa, se veía un instintivo deseo de herir, de matar, de lanzarse furiosamente contra aquella pareja. Pero su ama no daba orden ninguna, callaba, y ello le hacía permanecer a la espera de lo que fuera.

—Y para evitarlo —agregó Laurence— por lo menos en la medida de nuestras posibilidades, será mejor que me des la llave de esa puerta… Nos iremos de aquí dejándoos encerrados… De lo contrario, apenas diéramos unos pasos, os tendríamos tras nosotros…

—No se la daré, doctor Hawn. No se haga ilusiones.

—Me la darás, Florinda. Porque sabes de sobra que de lo contrario dispararé. No es una buena alternativa para ti. Te conviene, pues, avenirte a mis condiciones, muy razonables por cierto.

La situación estaba al rojo vivo. Florinda supo percatarse de ello. Laurence Hawn no huiría de allí si no era tomando algunas precauciones por adelantado.

—Bien —terminó aceptando y le entregó la llave.

A pesar de todo, ni el doctor Hawn ni la señorita Morggine conseguirían regresar vivos a la mansión. Así que ella consiguiera resquebrajar la puerta y salir, ordenaría al águila que les alcanzara, que les apresara. ¡Y tenía la vista tan aguda, tan penetrante! ¡Les vería por más niebla y más oscuridad que les rodease!

Pero así que estuvieron fuera del viejo molino, adivinando y anticipándose a las intenciones de Florinda, Laurence dijo a la

muchacha:

—Ir ahora hacia la mansión sería sin duda nuestra perdición. Florinda lanzará hacia esa zona al águila… Es mejor que nos internemos en el bosque…

—Sí —acató Nadja, sin dudarlo un solo instante, confiando ciegamente en él.

Pero no habían de engañar a Florinda por mucho tiempo. Pasados menos de diez minutos, ésta comprendería claramente que era otra la dirección tomada por ellos.

Dedujo que debían haberse escapado a través del bosque.

Y les siguió todo lo rápidamente que se lo permitía su herida. Le acompañaba el vuelo del águila…

CAPÍTULO XVI

—Ya no puedo más —musitó Nadja—. Estoy cansadísima.

—Haz un esfuerzo —rogó Laurence—. Florinda nos sigue los pasos, y no debe venir sola… ¿Te seduce la idea de ser el blanco de esa bestia inmunda? Por favor, sigue adelante…

—Hemos perdido el sentido de la orientación —se lamentó la muchacha—. No sabemos hacia dónde nos dirigimos.

—Sabemos —dijo Laurence— que huimos de Florinda y de su compañía… Es saber bastante, para que no te falten los ánimos. ¿Quieres que te coja en brazos?

—No, no… —se ruborizó—. Ya estoy mejor… Ya sigo…

Se habían pasado toda la noche andando a través del bosque. Huyendo infaliblemente de la perversidad que les acosaba.

Ya empezaba a clarear un tanto el día. Pero ¿era eso una ventaja o un inconveniente?

No se hubieran atrevido a responder a esta pregunta.

En esto, apareció ante ellos una pequeña colina. Y sobre ésta, las ruinas de un castillo.

—Vamos hacia allí —dijo Laurence—. Quizá sea un buen lugar para escondernos y desorientar por completo a nuestra perseguidora.

—¿No será ese castillo —Nadja temblaba—, aquél en el que una vez mi padre…?

—Es posible que sí.

—¡Oh, no me atrevo a llegar hasta allí! De allí surgió la maldición. Durante años me han hecho vivir con esa atormentadora obsesión y ahora no puedo, de veras no puedo…

—Sí, puedes, Nadja. Ahora nos acecha algo más peligroso y real que una maldición, que una leyenda, porque leyendas y maldiciones no son ya cosas de estos tiempos.

Consiguió convencerla, ante la inminencia del peligro que les

acuciaba. Lo que no era ciertamente un juego.

Y llegaron al castillo. A las ruinas del castillo, que continuaban en pie, hoy como ayer, como siempre, inmutables ante el transcurso lento del tiempo.

La humedad y el moho reinaban por doquier, y abundaban las telarañas, que tuvieron que ir apartando para franquearse el paso.

Llegaron junto a una puerta y la empujaron. Chirriaron los goznes, como protestando de su intromisión.

Penetraron en un lugar amplio, que carecía de parte del techo y de dos de sus paredes.

El lugar se hallaba vacío, a excepción de unas columnas situadas en el centro.

Sintiéndose desfallecida, Nadja se apoyó en una de aquellas columnas, y ésta se movió…

La abertura daba paso a una especie de pequeño sótano. Y allí vieron muchos esqueletos.

Era aquel lugar. ¡Cómo no!, el mismo donde un día fueron a parar el entonces joven lord Morggine, acompañado de su sirviente Richard. El mismo lugar adonde ambos volvieron, de eso ya no hacía mucho.

—¡Aquí estamos!

La exclamación de Florinda les cogió de sorpresa, llegando a sus oídos a través de la tupida niebla del amanecer. Un amanecer que parecía reacio a vencer a la oscuridad de la noche, como si deseara que las tinieblas no se alejaran todavía.

Laurence y Nadja se abrazaron. De un modo instintivo, angustioso, y casi desesperado.

Allí estaba Florinda, ante ellos. Pero lo peor era que allí estaban también las garras curvadas, amenazadoras y pavorosas del águila, prestas a acometer.

—¿Por qué os habéis refugiado aquí? —inquirió Florinda—. ¿Para que os proteja la leyenda? Sí, ya sé que existe esa leyenda… «Bajo este techo y sobre este suelo, siempre triunfará el bien y fracasará el mal» —repitió las palabras—. ¡Bah, sandeces! Aquí, como en todas partes, sólo vence el más fuerte… Y la fuerte ahora soy yo… ¡Yo!

La joven pareja no dijo nada.

Florinda, por su parte, ya no estaba para perder tiempo.

—¡Vacíales los ojos! —ordenó gritando al águila—. ¡Desgárrales la carne! ¡Destrúyeles!

El águila se lanzó endemoniadamente sobre ellos y Laurence, presto, sacó la pistola y disparó.

Pero la bala no hirió a la bestia. Y la bestia implacable caía ya sobre ellos.

Laurence se defendió, y defendió a Nadja. Decidida y enconadamente, como un verdadero valiente y como un verdadero enamorado.

Sin embargo, la furia del águila y la fuerza descomunal y fatídica de sus garras iba a poder más que nada.

El águila les había derrumbado. Pero de pronto…

¿Qué sucedió de pronto?

Algo que Laurence Hawn no terminaría de creer en el resto de sus días. Pero sí, lo creería… ¿Cómo no creerlo, si iba a suceder ante sus propios ojos, e iba a significar la salvación…?

Del hueco que había quedado visible al moverse la columna, surgió un esqueleto jorobado, y luego otro, y otro, y luego otro más…

Unos y otros se lanzaron armados de espadas sobre el águila real, hiriéndola aquí y allá, y no acusando dolor ninguno ante su furia, ante sus acometidas, ante sus terribles zarpazos, sin duda debido al hecho de que no podía causarles heridas en la carne porque carecían de ella.

Pero ellos, los esqueletos, sí inflingieron graves heridas a su enemiga.

También se lanzaron contra Florinda, que como una criatura endemoniada quería defender a su ave amaestrada.

La batalla fue horrible, aterradora, infernal, satánica, alucinante. Todo esto y aún es decir poco. Pero apenas duró un par de minutos. O poco más.

Transcurridos éstos, el águila real yacía muerta, destrozada, inundada de sangre, y Florinda se hallaba asimismo sin vida, atravesada una y cien veces, una y mil veces, por aquellas espadas justicieras.

Desde el suelo, medio inconsciente aún, Laurence y Nadja vieron como entre la niebla, que ya empezaba a hacerse más tenue, los esqueletos jorobados, sonriendo —¿pero pueden sonreír los

esqueletos?— volvían a su lugar de reposo.

Todo volvió a quedar igual.

Como si nada hubiera sucedido.

Pero Laurence y Nadja habían salido con vida de aquella insólita y alucinante odisea.

CAPÍTULO XVII

Se celebraba la boda.

Nadja Morggine estaba deslumbradora, y a su lado Laurence Hawn se decía, orgulloso y feliz, que se llevaba la muchacha más buena y más guapa del mundo.

Edward permanecía en la primera fila. Quería compartir la felicidad de su hermana, pero no podía. Era demasiado duro el golpe recibido. No podría rehacerse jamás, por mucho que lo intentara.

Allí estaba también lord Morggine, con un sollozo en la garganta. Pero miraba la espalda de Nadja, sin ninguna deformación, y miraba su rostro dichoso, y la dicha que a su vez reflejaba Laurence Hawn, y se decía que al fin iba a poder morir tranquilo.

F I N